

Si nunca te has sentido como
un poeta maldito,
no sigas leyendo este libro.

BOREAS

VIENTO DE NORTE

Minerva Gallofré



Ilustraciones de Diego A. Bartolomé

Banda sonora de Daniel García Bardo



Título: Bóreas, Viento de Norte
2018, Primera edición
Autor: Minerva Gallofré
Ilustraciones y diseño: Diego A. Bartolomé
Banda sonora: Daniel García Bardo
Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos
© Minerva Gallofré
© Diego A. Bartolomé
© Daniel García Bardo
© Editorial Tres Inviernos
ISBN: 978-84-949328-2-3
Depósito Legal: M-36495-2018
Impreso en España
www.editorialtresinviernos.com
Contacto: hola@editorialtresinviernos.com
Todos los derechos reservados

He aquí, en las páginas de esta novela, mi humilde tributo a los maestros, a los inspiradores, a los que aún permanecen tan cerca de mí como el papel antiguo de los libros que leí noche tras noche, mientras me transformaba en lo que soy o recordaba lo que había sido:

A Charles Baudelaire, a Edgar Allan Poe, a Oscar Wilde, a Bram Stoker, a Gustavo Adolfo Bécquer, a Sully Prudhomme, a Arthur Rimbaud, a Herman Hesse.

A todos gracias, por guiarme y acompañarme desde vuestro eterno retiro, donde moran las musas.

Y gracias a Bóreas, el viento del Norte, por soplar sobre mi destino y virar mis decisiones en la dirección de las huellas del presente que no fui capaz de dejar en el pasado.

«Solo para locos.
No para cualquiera.
Cuesta la razón».

El lobo estepario, Herman Hesse

Banda Sonora

Descárgala gratis en este link o utiliza el código qr de la solapa:
www.editorialtresinviernos.com/es/audios/boreas_viento_de_norte

Tracks

- 1 Viento de Norte
- 2 Éxodo
- 3 Le Petit Café
- 4 El Tulipán Negro
- 5 Llegada a Montmartre
- 6 La Buhardilla del Creador.
- 7 El Soplo de la Vida
- 8 Roma
- 9 Reminiscencia
- 10 Tocando frente al Fauno
- 11 París Maldito
- 12 Un Nombre de más
- 13 Salvar a Camille
- 14 Ondinas
- 15 Perséfone



Bard's Soul Studios

1

Albor

Muelles de Southampton. Año 1887, a 17 de Agosto

El viento es una caricia, una bofetada, un mordisco. Cuando un dios cambia de parecer, el viento sopla desde otro lugar, escribe alguien en medio del paseo del puerto. Y lo apunta en un cuaderno que tiene las tapas forradas de cuero, un cuero que es tres veces más viejo que él, o cuatro, o cinco. Pero, ¿quién? ¿Quién puede pensar en vientos y en dioses en medio de tanta gente que camina deprisa?

Me llamo Bóreas Jérémie Rousseau, y nací en 1869, el mismo año que el pintor Henri Matisse. El mismo año en que se inauguró en París el cabaret Folies Bergère. Nada de eso sabía mi madre cuando me alumbró, un veintinueve de septiembre como otro cualquiera, en un pueblo rural de Picardie. ¿Por qué me llamó como a un viento? Ni ella misma lo comprendió nunca. Quizás una musa le susurró al oído mientras dormía y lo grabó en su mente, como un recuerdo nítido que, en realidad, nunca antes había existido. Supongo que lo de Jérémie fue para darme un poco de normalidad, y el apellido, a la vista está: francés, francés.

Maletas de piel, hebillas ajustadas a conciencia y algún billete de barco, muchas veces manoseado, que yace boca abajo sobre la madera acorchada. Las tablas de los muelles vibran en un trote interminable sin ritmo, y si alguna moneda cae sobre ellas, tan solo desaparece. Los buques dibujan sonrisas de dragón cuando asoman por la línea del horizonte, pues echan nubes de vapor por la boca negra de sus chimeneas, bocas desdentadas que arden siempre, como fraguas inextinguibles. Atraviesan brumas espesas, todas juntas tejen lo que se antoja la barba helada de un gigantesco dios de los mares. En el puerto de Southampton el aire huele a algas secas y también a las que flotan ponzoñosas y muertas en unas aguas del color del estaño, el mismo color que posee el cielo del mediodía, un cielo sin soles ni estrellas. Las sobras del humo de carbón son la única luz que ahora alumbra a los hombres y a las mujeres. Con ella se conforman, con ella sobreviven. ¿Te he contado que quiero ser filósofo?

—¡...llegado papá! ¡Mira, allí, en el barco! —le dice una mujer a su hijo llevándolo en brazos y señalando con un dedo arriba, a la cubierta de aquel titán de hierro y madera. A juzgar por la edad del crío, seguramente no recuerda a su progenitor, pues esos barcos tardan meses en surcar el océano y se paga por un viaje la cuarta parte de una vida carnal. La madre se ve pulcra, aunque no sana, y viste una falda de pana beige sin más adornos que una mancha de leche. Es, con seguridad, lo mejor que guarda en su armario y, sin embargo, lleva raído el bajo de la enagua. ¿Qué importa? Nadie se fija en eso, nadie entre miles de inmigrantes y emigrantes, entre cientos de soldados y marineros, entre decenas de comerciantes, entre varios puñados de pícaros, entre unos cuantos estudiantes... ¿Nadie? Solo yo, que en este instante no camino ni estoy de pie. Estoy sentado. De hecho, espero un barco.

Soy el chico del bombín de fieltro pardo. No me gusta quitármelo delante de la gente porque mi pelo es negro, demasiado, tanto que, en ocasiones, reaviva en quien lo mira un repentino miedo infantil a la oscuridad. Dependiendo de la hora, hasta puede verse azul oscuro.

Raro. En cualquier caso, aún faltan muchos, muchísimos años, para que lo pueblen las canas.

Desde mi hueco invisible finjo que fumo una pipa apagada. Tan solo chupo la boquilla porque me gusta el sabor a dulce con que pinta el tabaco a la madera. Tabaco apetitoso de las Américas. Pocas veces me lo puedo permitir, pero hoy... Hoy es mi día de suerte.

Por encima de mis gafas redondas observo en silencio los zapatos de los transeúntes, los miles de zapatos que transitan en todas las direcciones, como los vientos: unas veces marrones, otras grises, unos tienen grietas, otros agujeros. A veces descubro pies descalzos. «Esos aún pisan la libertad, aunque sus dueños no lo saben», pienso. Y también me lo anoto en el cuaderno, sosteniendo la pipa con los labios mientras me acuerdo de los callos que me salieron en los pies cuando llegué a Southampton, a los ocho años, y me robaron los zapatos en la calle. «¡Carbonero de mierda!», me llamaron aquel día y muchos otros después. Con no poco esfuerzo logré dejarlo en Bóreas Carbonero o Bóreas Carbón, en el mejor de los casos. Y aunque ya no quedan en mi cara manchas de tizne, mi piel guarda una palidez pétreo que no parece humana. Sí, yo también me doy cuenta. Yo también me extraño a mí mismo, y soy consciente de que no conozco a la persona que me mira desde el otro lado del espejo. No, ese no soy yo, pero, entonces, ¿quién soy yo? Y como me da demasiado vértigo saberlo, prefiero hacer la vista gorda y quedarme cómodo, dentro de mi piel y detrás de mis lentes, mientras me repito de nuevo que soy Bóreas Jérémie Rousseau.

Voy a cerrar el cuaderno cuando dudo de pronto y, antes de guardármelo, lo huelo con disimulo. Me gusta el aroma del papel viejo, flota como un suspiro de vainilla por debajo de mi nariz. Yo sé que mi alma gemela, la persona que me ame, olerá a eso... si la encuentro.

Luego me guardo el cuaderno en un bolsillo interior, y también el lapicero con que escribo y dibujo y divago. Me desperezo tranquilo porque no tengo prisa todavía y mis gafas reflejan el tenue candor de

esta mañana de éxodo. El puerto de Southampton es frío y oscuro, se mantiene en un letargo eterno de nubes plomizas, pesadas. A mí me sobrecoge la languidez de mi mundo de tan hermosa como me resulta. Lluvia, nieve, tormentas, penumbra...

Un buque recién llegado se vacía despacio. La gente, muy junta, reprime su impaciencia ante la opulencia de los muelles, ante la promesa de un futuro mejor, ante la tierra prometida. Es, como poco, un paliativo durante una gripe. No curará sus problemas, mas les hará sentirse bien.

Una familia entera se detiene cerca de él. Cinco varones en escala de menor a mayor conforman el linaje de un patriarca sin afeitar y de frente estrecha, con la ropa gastada y la mirada torva. Su consorte, una mujer de espalda ancha con el pelo cubierto por un manto de lana, no carga maletas porque tiene el vientre grávido, ¿será una niña esta vez? Todos ellos son labriegos de pelo blanquinoso y piel tosca, gruesa como la de las vacas. Campesinos que quieren ser esclavos, pienso. Pobres de ellos, no saben ni dónde ir. Lo cierto es que podría ayudarlos, pero me ponen nervioso sus ojos claros, sus miradas inquisitivas. Podría acercarme y preguntarles a quién buscan o qué quieren, pues conozco el dialecto de las aldeas rurales, aunque hacerlo me hundiría en un pozo de recuerdos, en un hoyo sin final que puede llegar a devorarme, y eso, lo reconozco, me aterra más que morir diez veces.

De pronto, un hombre bien vestido se aproxima a ellos con un gesto generoso muchas veces ensayado, o, mejor dicho, aprendido desde hace años, interiorizado. El capataz, si no me equivoco. El sombrero de copa que decora la cabeza del burgués es como la corona de los reyes de los cuentos. Él manda, él tiene el capital, él tiene el poder. ¿Tendrá fábricas o serán minas? El burgués estrecha la mano zompa del campesino chapurreando algo en la lengua rústica. Luego camina, apoyándose en su bastón, su cetro, para alardear de su posición secundado por sus obreros más leales. Unos vienen del Norte, otros llegan del Sur, mas reconozco en el dorso de sus manos las manchas que

conozco bien, fruto del trabajo con carbón. Así que el capataz tiene minas. ¡Ah! La promesa del carbón...

Sin quitarme la pipa de la boca, me levanto y me vuelvo a estirar. La humedad del mar me ha dejado un poco entumecido. Me sacudo la levita por la parte del trasero. Es del color del azúcar quemado y tiene los botones desiguales. La compré de segunda mano por mucho menos de lo que costaba. Me suceden estas cosas a veces, me acompaña una esquivia fortuna que me hace triunfar en la adversidad, como si un viento sutil soplara siempre en la dirección que yo deseo. Aunque, hasta que eso ocurre, primero he de encontrarme con una pierna metida en el infierno.

Cojo mi maleta, la cargo sin dificultad. Es demasiado ligera para alguien que va a cambiar de país y que va a cerrar en breve los primeros dieciocho años de su vida, aunque no es lo único que poseo. Lo otro es un amigo viejo, un acordeón. El tiempo y las muchas tardes abrazado a su fuelle han diseminado las filigranas de su cuerpo de madera azul. Cuando camino con la maleta en la mano derecha y el acordeón en el brazo izquierdo, la gente solo observa este último. La multitud me sonríe con timidez porque los músicos provocamos ese efecto en los demás. Todos desean que me plante en medio del puerto y me ponga a tocar. Aunque hoy no trabajo. ¡Hoy emprendo la aventura de mi vida! Casi me dan ganas de gritarlo en medio del muelle. Sin embargo, hoy también he de ser discreto, y con discreción rozo otro de mis bolsillos, con el brazo derecho, el de la maleta, el que no llama la atención. «Bien, bien», me consuelo. El dinero sigue ahí.

El Nereo espera en el muelle, la cola para subir es interminable. Además, los tripulantes aún deben alimentar al dragón. Si no, no podrá navegar. «El carbón», asiento girando la cabeza para observar a ese gigante con admiración. Y es que hacía un año que no volvía por el puerto. Las calles del interior de Southampton habían asimilado mi nimia presencia, unas veces acogiéndome, otras, devorándome. Pero llegar aquí, al puerto, ha removido en mi interior recuerdos desordenados, vagos, anodinos... Ahora mismo me parece que fue ayer

cuando llegué al muelle en un barco de vapor igual a esos, con mi padre y mis hermanos. Si alguien se fijó en nosotros, no lo sé, mas de haberlo hecho, seguro que habría visto a unos campesinos de mirada torva atraídos por la falsa promesa del carbón. Un burgués había estrechado la mano de mi padre mientras que yo, el más pequeño de los Rousseau, el único que tenía el pelo negro, apretaba con fuerza una canica de cristal que me había encontrado entre las juntas de las tablas del suelo. No quería que me la quitaran. Tampoco me la podía guardar en el bolsillo porque mi abuela me lo había cosido después de ponerle dentro un puñado de calderilla. Del burgués solo recuerdo un monóculo de montura dorada y un espeso bigote cobrizo sobre la tez grasienta y las mejillas gordas. Otro vendedor de humo.

Miro el reloj del barrio portuario. Una obra de arte. Marca las once de la mañana. Entonces me choco contra una mujer de sombrero emplumado. Tiene tanto dinero como para oler a rosas en medio de basuras de pescado. Ella protesta. El hombre que la acompaña me increpa. Entonces hago como que no entiendo su idioma. Siempre me funciona. Eso es creíble cuando aún hablas tu lengua natal. Jamás he olvidado el francés, la lengua que oía desde mi cuna.

Huele a castañas asadas. Una anciana las remueve sobre una cazuela de hierro llena de agujeros. Su tez desteñida posee un halo lúgubre. Sus ojos, muy grandes y redondos, se han tornado del azul de una incipiente ceguera por vejez. Ahora mismo me comería un paquete de castañas, aunque no tengo tanto dinero. Prefiero tabaco y comer sobras. Por eso, cuando paso junto a la castañera, solo me quedo un trozo de calor, el calor del fuego rugiente donde cocina la vieja. Una llama baila sobre mi mano, como un insecto que ansía escapar, y luego, me la echo a la boca aprovechando que nadie se fija en mí. Oh... El sabor del fuego, patrimonio de los humanos. Cuando me dirijo al final del paseo, ya se ha apagado.

Allí hay un edificio porticado. Los locales de abajo son tabernas de esas que tienen los cristales turbios por el humo añejo de la grasa, de esas donde la madera de las mesas huele a vino rancio y a bodega.

Afuera un pescador asa barracudas. Arriba hay un restaurante con terraza. Yo prefiero ir arriba, así que subo por unas escaleras. Las mancho porque he pisado un charco de agua de mar con vísceras de pez. No me dejarán pasar al salón del restaurante, lo sé, aunque al menos me venderán tabaco en el vestíbulo.

—¿En hebras? —me pregunta la muchacha del mostrador mientras cierra una caja de latón llena de rapé. Se nota que le han ordenado ser adusta con los que llegan desde abajo. Tras ella, un retablo de madera con florituras talladas hace de expositor.

—Sí, por favor —le pido, quitándome las gafas un momento, solo un instante, para limpiarlas mientras ella me da la espalda—. Así sale más barato.

Me limpio las lentes de prisa con un pañuelo de algodón. En él, mi madre me bordó las iniciales: *B.J.R.* Cuando ningún cristal los encubre, mis ojos se ven del color árido del metal.

—Su tabaco, gracias —responde ella. Para entonces, ya llevo de nuevo las gafas. Sonríe y la miro a la cara, pero también a las manos sin callos ni quemaduras, manos sin mugre. Las tiene de cristal, de porcelana china. Están tan frías que, cuando me entrega el cambio, retiro las mías de inmediato, casi antes de que puedan rozarse nuestras pieles, hacia el refugio de mis bolsillos. Las monedas están calientes.

—A usted —respondo.

Se escucha un gran revuelo en el salón del restaurante, voces de asombro a las que sucede un aplauso. «Los capataces están de fiesta», me digo, cogiendo un pedazo de tabaco con las yemas de los dedos. Y curioso lo que ocurre a través del cristal. Un hombre poderoso, vestido con frac negro, presenta un artefacto que ha colocado sobre una mesa. A su lado hay otro hombre, más discreto y austero, que no lleva frac ni corbata, sino unas gafas reparadas más de cien veces. Ese que esquiva la fama y el mérito debe de ser el inventor del aparato. «Una máquina de escribir, último modelo», descubro. Ojalá tuviera una de esas. De pronto, detengo culpable mis pensamientos mirando al viejo

acordeón, como si fuera el instrumento a ponerse celoso. Después, lo acaricio con ternura.

—No te angusties, ella es demasiado pesada y grande para viajar en un barco en tercera clase —le digo.

La muchacha del mostrador piensa que estoy chiflado. ¿Acaso cree que hablo de ella? No ha dejado de escrutar mis pantalones remendados, mi sombrero viejo, mi pelo negro. Tan negro. Ella lo tiene de color rubio ceniza y le asusta tanta oscuridad. ¡Ya lo creo! Me apeetece fumar frente al mar.

Bajo las escaleras mientras me saco las cerillas de otro bolsillo. Mi levita tiene tantos como vientos soplan. Me siento sobre el casco roto de un chinchorro y prendo fuego a la pipa, por fin.

—¡Ohhh! —exhalo, henchido de placeres—. Dulce tabaco de las Américas...

El sol, en un amago de raer las nubes, torna los cielos amarillos, luz mortecina y biliosa, como la fiebre, como la tisis y el escorbuto. Muchos regresan así de las Américas. A cambio, los barcos vuelven colmados de té, de cacao, de azúcar, de tabaco... A mí me basta besar de nuevo la boquilla de mi pipa, y disfruto, tranquilo y feliz, pues a veces en la vida uno merece darse ciertas recompensas. Mi mirada apunta cerca, en realidad, a la amada Francia de mis padres.

—... el Apocalipsis! —proclama un hombre subido a un barril con los brazos en movimiento exagerado. Es un viejo con sotana, un predicador—. ¡Y solo los fieles se salvarán!

Otro con el mito del fin del mundo. Sus zapatos lucen nuevos, brillantes, ni un solo arañazo. Es un burgués disfrazado de profeta. Un grupo de obreros se acerca a escucharlo. Están cansados, flacos, el aire profano de la ciudad los ha hecho ancianos antes de tiempo. Si no sabes qué es el miedo, solo has de mirar sus caras. Desde otro frente llegan los puritanos. Su ropa es sobria, negra y no muestra remiendos. Porque los remiendos son para mediocres como yo.

El predicador silencia su discurso esperando la inclinación de cabeza de sus seguidores. Yo no inclino la cabeza desde hace tiempo. Solo lo hacía de pequeño para que no me echasen del orfanato. Allí tenía una cama y comida caliente, un refugio de la calle macilenta de Southampton mientras mis hermanos y mi padre terminaban de morir en las minas. Y todo por culpa del carbón. Miro al predicador con la pipa encendida en los labios. No puedo evitar lanzarle una cuchilla salida de mis pupilas plateadas. Lo raro es que no se me rajen las gafas. El predicador se da cuenta y forma un muro con su gesto corporal, poniéndose erguido y sacando pecho. Parece cualquier cosa menos un mensajero de Dios.

Cuando la amalgama de voces vuelve a ser el sonido del puerto, los feligreses se dispersan. Solo algunos puritanos se quedan junto al predicador. Le hacen mil preguntas, quieren saber cómo se han de preparar para vivir en el próximo siglo. Una mujer que va con ellos llama mi atención. Tiene el semblante agrio, el pelo recogido en un moño rubio, del color del azufre. Un camafeo de plata reposa sobre el tejido de encaje de su camisa, abotonada hasta el cuello, que es largo como el de una cigüeña. Apuesto lo que sea a que se trata de una institutriz de las que pegan. Sus uñas tan cortas, la cara maquillada con polvo de arroz. Sin darme ni cuenta, me he quedado mirándola con rencor. Ella lo percibe y me devuelve una mirada no menos agresiva. No la he intimidado en absoluto. «Sí, de las que pegan», me digo. Dos hombres que la acompañan advierten mi presencia. ¿Es posible que un despojo como yo les parezca peligroso? Ya que muy pronto abandonaré Inglaterra para siempre, no deseo buscarme problemas. Prefero dar un paseo y ver los escaparates de las tiendas del puerto. No hay nada en ellas que pueda comprar, aunque me gusta imaginarme que podría llevármelo todo... si quisiera.

Las campanillas de cobre, cuando entrechocan, conforman la banda sonora de una pastelería. La gente sale y entra de allí, como si fuera obligatorio, atraída por el aroma de la crema tostada y del pastel de calabaza. Un mozalbete regenta el mostrador. Las monedas en sus

manos se untan con una pasta de harina gris y sudor, llegando rebozadas a la caja registradora. Otro artefacto innovador. El mozalbete tiene suerte de no estar en una fábrica. Le falta un diente y tiene el fondo de ojos rosado. «La de cosas que ansía decir», observo. Pero, ¿quién le pone la pierna encima? De pronto, un hombre corpulento sale del obrador, todo manchado de esa harina gris. Los panes, por suerte, son dorados. El hombretón lo ridiculiza delante de todos los clientes y le regala una colleja para terminar de humillarlo, como castigo por su torpeza. Intuyo que, cuando crezca, el mozalbete se vengará. Para entonces, no será una simple colleja.

Me aburro. Y me quedo mirando el escaparate mientras una doncella de buena familia sale de allí con una caja de bombones envuelta en papel de estraza. La aprieta con ansia, aunque ni ella misma se da cuenta de eso. Sufre un fuerte desenfreno reprimido por alguien. El bien vestido padre de la dama sale de la pastelería detrás de ella, un pez mucho más gordo que cualquiera que venga hoy en uno de esos barcos pesqueros. La joven dama me ha pillado observándolo. Tiene los ojos caídos y de color ámbar, parecen dos trozos secos de resina. Cuando me río... ella también lo hace, solo un poco, hasta que su padre se gira otra vez. «Tranquila», rumio, «el pez gordo no se ha dado cuenta...». Cuando se aleja, la joven dama sigue presionando la caja de bombones con los dedos. El chocolate es, quizás, lo único excitante que se le permite. Yo me siento feliz porque me he llevado un trozo de su risa.

En momentos así me siento libre como un gato, y eso vale más que una tonelada de carbón o de cacao. Bolitas de anís, bombones de nata... Las manzanas asadas, cubiertas de caramelo, reflejan mi cara flaca como espejos de la verdad, y en ellas todavía encuentro al niño hambriento que fui, al niño sin raíces que vagaba por las calles de Southampton sin tener, siquiera, nada o nadie a quien molestar. Me escapaba del colegio, allí solo comíamos lentejas. Pero el profesor Campbell siempre me encontraba. Siempre, siempre, como si tuviese una brújula mágica.

—¡Está aquí, menos mal! —exclama un hombre jadeando tras mi espalda. Me sobresalto y un retorcijón me estrangula las tripas—. ¡Abuelo, es usted un imprudente! —continúa el desconocido reprendiendo a un anciano. Luego me observa con desconfianza—. ¡El puerto es muy peligroso para alguien de su edad!

—Déjame en paz —protesta el viejo—. Solo he venido a comprar tabaco.

Gente de clase media, de los que ya nacieron en la entraña de la ciudad, ni campesinos ni nuevos siervos del proletariado industrial. Tampoco burgueses ni capataces. ¿Acaso artesanos?

Aún me estoy recomponiendo del susto. ¡Cómo me duele por un instante la barriga! Hasta mi rostro se ha tornado algo más pálido de lo que es, por increíble que eso parezca. Por un momento me he imaginado al profesor Campbell, mi tutor, a punto de cogermé por una oreja para llevármelo. Lo conozco desde hace diez años y, sin embargo, aún no he conseguido dejar de tenerle miedo a sus gritos. Ni a su fusta. «Ya no soy un niño», me consuelo, me convengo, «Ya no tiene poder sobre mí», lo repito como un mantra, aunque no acabo de creérmelo.

Acto seguido, meto la mano en un bolsillo de más abajo y, con poca culpabilidad, toco ese cartón fino y nuevo, más caro que toda mi vida. Ahí está mi billete de barco, el puente hacia mi nueva historia. Es eso o morirme en Southampton. Y todo gracias al profesor Campbell o, mejor dicho, al dinero que guardaba entre las toallas limpias de su cómoda, tanto dinero como para sobrevivir un año. A estas alturas ya debe de haberse dado cuenta. Estará buscándome por toda la ciudad, una vez más. Más vale que hoy no me encuentre o probaré el sabor a muerte de la cárcel.

Me he puesto nervioso, no puedo evitarlo. Me bajo el ala del sombrero, me subo las solapas, quiero que no se me vea la cara. Por desgracia, mi pelo es descarado, irreverente, cualquiera lo reconocería. Hoy, además, desprende un melancólico halo azul.

—Joven, se te olvida eso de ahí —me detiene un calafate que sonríe como un zorro. También tiene el bigote oscuro, pero no es negro—. Eso de ahí, ¿no es tuyo?

Asiento con lentitud. El acordeón me espera en el suelo, junto a la puerta de la pastelería. Estoy tan preocupado por si el profesor Campbell me atrapa que me he olvidado de mi amigo viejo. El calafate me escruta con un gesto desconfiado. Ahora mismo piensa que estoy tarado. Yo también lo pensaría.

—Muchas gracias, caballero —le respondo a fin de quitármelo de encima. Cuando hablo con otros varones, endurezco el timbre de mi voz. Quiero parecer más viril y fuerte que mi interlocutor, por si acaso. Entonces el calafate sigue su curso dejando manchas de brea sobre las tablas del muelle. Y yo, mientras, me pregunto si el buen hombre podrá algún día dejar de oler a esa cosa.

Las doce, ha dicho el reloj de la torre del puerto. Me permito detenerme diez segundos para contemplarlo. Me pregunto cuántos engranajes y tuercas y resortes y ejes lo hacen funcionar. ¿Qué cabeza humana se iluminó para crear a tan venerable dios del tiempo? Suficiente, hay que evitar a Campbell. Y sin saber por qué, intuyo claramente que el profesor ya se encuentra en el puerto. Tengo que ser aún más discreto.

En la oficina de correos entra un cartero con una saca de rafia. Me giro hacia otro escaparate. Es una tienda de regalos. Los ciudadanos con dinero siempre compran regalos si llegan o si se van. Siempre hay un hijo esperando, o una novia, o una esposa, o una madre a quien regalar, o una abuela que te pagó los estudios para que no fueras un muerto de hambre. Contemplo las matrioskas de madera y pan de oro, las carteras de cuero español, los pequeños frascos de perfume de violeta francesa. Abanicos de madera tallada, máscaras venecianas, pocillos de porcelana, teteras de hierro forjado... Todos ellos germinados en la mente de un artesano y nacidos entre sus manos. Puede que pienses que estoy loco si te cuento esto, pero todos ellos... Todos esos objetos tienen

alma. Porque, cuando alguien crea algo, siempre deja en su creación un fragmento de sí mismo, una brizna de su aliento. Todavía es pronto y ni yo mismo conozco aún el alcance de esta verdad, mas, por una extraña razón, sospecho que tiene que ver con mi vida, con mi historia. Con esa imagen del espejo que no siempre reconozco. Es temprano, aún no ha soplado el viento del Norte para mí.

Mis reflexiones se anclan muy lejos de este tiempo, o de este lugar, mientras que los nuevos hombres han aprendido a valorar las bondades del carbón, que da luz y calor a este planeta frío y lúgubre. Un automóvil de vapor se acerca por la carretera más cercana. Su creador lo ha dotado de la fuerza de unos cuantos caballos. Las bielas y los pistones de su motor traquetean emitiendo un chasquido como de dientes de hierro. El hombre que lo conduce se levanta la chistera para saludar a alguien y aprovecho para observar el automóvil detenido, precioso animal salvaje de acero y de fuego. Me pregunto si podría domarlo.

—¡Carbonero de mierda! —me grita un niño. Sin reflexionar siquiera me pongo a la defensiva. Todo mi cuerpo está tenso, mis cejas se han fruncido por encima de mis ojos. Quiero responder una grosería al que se haya atrevido... No me lo han dicho a mí. Es un crío que increpa a otro crío. El que insulta es hijo de burgués, luce una camisa con chorreras tan blanca que casi molesta. El que es insultado es un buscavidas, como fui yo. Las cicatrices de guerra en su cara se mezclan con manchas de carbón. ¡Ah! Y no lleva zapatos.

—¡Carbonero de mierda! —repite el primero, envalentonado, cogido de la mano de un padre que ojea distraído el periódico. El muchacho sin zapatos mira al otro con odio, la rabia desencaja su gesto y le da un aire grotesco y primitivo, como el de una alimaña enfurecida. Se nota que todavía no ha aprendido a estar por encima de los idiotas. «Si no aprende, será su tumba», pienso, interponiéndome entre los dos. El niño burgués se ofende.

—Algún día, por esto mismo, tendrás un problema gordo —le aconsejo. Aquel da un tirón a la chaqueta larga de su padre. Entonces,

el hombre levanta la cara del periódico y se fija en mí, desconcertado, articulando una sonrisa boba.

—¿Le ha molestado mi hijo? —se disculpa. Vale, este solo es un obrero ido a más. Todavía no sabe comportarse como un capataz intocable. El hijo, en cambio, hará bien la tarea de endiosarse. Dentro de dos generaciones convertirá a la suya en otra familia de tiranos. Por toda respuesta, niego con la cabeza y me voy.

Quiero verle la cara al otro. Por algún motivo que no entiendo, me gustaría cruzar alguna palabra con él. Tal vez es que me recuerda a mí mismo. Sin embargo, el chiquillo sin zapatos se ha mimetizado con la muchedumbre.

El buque transoceánico muge de pronto. Su sonido acalla la multitud y dura tanto que empieza a sumirme en un extraño estado de lucidez donde únicamente siento mi propia presencia, como si estuviera solo allí, en el centro del tumulto. No, no estoy solo. El profesor Campbell o su sombra o su fantasma me persiguen.

Los futuros viajeros de tercera clase forman una cola, ataviados con sus abrigo y macutos. Algunos son presa de una risa nerviosa cuando comparten tantas emociones con sus compañeros de viaje. El viento sopla robando un sombrero de mujer. Un joven emprendedor coge entre sus manos las de su prometida, cubiertas con guantes de seda. Se las besa varias veces. «Quítale los guantes, hombre...». Ella se enjuga una lágrima y él le limpia la mejilla con un pañuelo de lino. Le acaricia la barbilla y, luego, se dan un beso discreto, muy discreto, para despedirse. «Tiene a la otra esperándolo», intuyo. Y por un instante, por un brevísimo instante, me compadezco de la desconsolada prometida. Quizás porque ella también tiene el pelo negro, no tan oscuro como el mío. Tal vez como lo tenía mi madre. Sí, me lo ha recordado.

—...al campo —le dice el hombre que va delante a otro. No parecen conocerse de nada—. Me vuelvo al campo ya. ¿Qué tanta ciudad? ¡Una mentira! Que se creen que viven bien aquí. ¡Pero si comen madera! El pan ese... Azúcar le echan, yo que sé, para que sepa a algo.

Campesino, de pura cepa. Boina de pana y cigarrillo, habla con el acento de los provincianos. Tiene, eso sí, sentido común. Lo sé, en el campo la comida es barata, las casas son baratas, el trabajo es barato. Aunque en el campo no hay lugar para un filósofo. Esas gentes todavía creen en supercherías, aún queman a los diablos. Y yo no quiero que me quemen. Conozco mi propia naturaleza. Por eso mi familia abandonó el campo, hace mucho tiempo, cuando mi madre murió de locura, o eso me contaron mis hermanos. Al tiempo, el profesor Campbell me habló de su suicidio. De pronto el viento sopla desde el Norte y mueve una veleta de forja con la forma de una bruja montada en su escoba.

Sí, voy a estudiar para ser un filósofo... y también para solucionar mi problema. Me levanto discretamente la manga de la camisa: una rara cicatriz blanca, fina como el tallo de una flor agreste, decora la superficie de mi piel. Le salen vástagos, ramificaciones, aunque no me duele demasiado ni muy a menudo. Empezó a brotar en mí durante el invierno, justo cuando empezó a asaltarme la idea de abandonar Inglaterra y virar por completo el rumbo de mi destino. Me bajo la manga de prisa, en los barcos no quieren enfermos. Tendré tiempo de encontrar un médico que todo lo cure. No necesito milagros, solo medicina.

Algunos tripulantes asisten a los nuevos viajeros. Un guardia portuario revisa los billetes. Cuando me llega el turno, me saco la cartera y la abro. Una foto en color sepia se me cae y el guardia la atrapa al vuelo, como si acabara de cazar una mosca aletargada.

—Tiene un hijo precioso —me comenta, algo menos hosco que al principio—. Regresa a casa, ¿verdad, amigo?

En la foto hay una joven madre sosteniendo a una criatura de pecho. No los conozco, nunca los he visto. Encontré esa foto un día, dentro de un libro de la biblioteca, y decidí quedármela. No sospechaba por aquel entonces que me serviría de tanta ayuda. Puesto que mis rasgos tienen poco de inglés, aún resulta mucho más creíble. A los

padres de familia se los respeta. A los jóvenes sin dinero que viajan solos, no.

—Es clavado a su madre —respondo—. Tengo mucha suerte.

Ni un lutier le sacaría a un laúd mejor sonido que esa mentira a mi boca.

—¿Su nombre? —inquire el guardia, de mucho mejor humor.

—Bóreas Jérémie Rousseau.

«Adiós, Carbonero», me digo, triunfante. Ya solo falta el billete. Entonces, la música de una armónica se hace eco en el muelle y yo la busco con la mirada, no puedo evitarlo porque la música conmigo mantiene una relación muy íntima. ¡El niño, el niño sin zapatos!

—¿Me disculpa un momento? —le pido al guardia con la intención de que me espere. El guardia duda.

—Bueno... Pero dese prisa, venga.

No suelto la maleta ni el acordeón. Llevo la cartera en los dientes para que no se me caiga. Dentro va el maldito billete de barco... y su dueño legítimo está muy cerca, lo intuyo, lo siento.

El muchacho sigue tocando. No lo hace mal para ser un crío, sin embargo es la compasión y no su talento lo que de momento le da de comer. Eso tiene fecha de caducidad. Me planto ante él y este, sobresaltado, deja de tocar.

—Perdóname, amigo viejo —le suplico al acordeón, que viaja en mi brazo izquierdo—. Hoy por tí, mañana por mí.

Y le ofrezco el instrumento.

—Te lo cambio.

El niño lo mira, perplejo. No sabe tocar el acordeón, ¿para qué lo querría?

—Es muy fácil, mira —insisto, agachándome y poniéndoselo en las manos con impaciencia—. Solo tienes que cogerlo así, por este lado, y luego...

Casi puedo sentir el aliento del profesor Campbell resoplando sobre mi nuca. Ese aliento viciado y asqueroso que conozco demasiado bien. Anda cerca, tal vez por la oficina de correos.

—Da igual —desisto, levantándome—. Quédatelo. Así tendrás dos ins...

—Toma —me interrumpe el muchacho. Y me entrega, sin más, su pequeña armónica. Es un detalle bonito. Además, me cabe en un bolsillo. La agarro de pronto. Casi he parecido brusco, pero es que no puedo perder ni un segundo. El profesor Campbell llegará pronto, ¿se habrá parado a mirar las matrioskas? Tengo que marcharme, mas no sin antes preguntarle—: ¿Cómo te llamas?

El crío no muda su gesto. Frío y con callos en el corazón, su cara parece la de una estatua de piedra. «Otro que se ha hecho adulto antes de tiempo».

—Alain —responde al fin. «Una curiosa coincidencia», me sorprende al comprobar que viene del mismo lugar que yo. Ese niño es otro viento. Viento de cambio. Asiento y salgo corriendo hacia la cola del barco, donde el guardia portuario me espera impaciente. No le he dicho mi nombre al chiquillo. Mejor: nada mío ha de quedar en Southampton.

Entrego al guardia mi billete y aquel le rompe una esquina antes de devolvérmelo. Mientras tanto, aprieto la boca del estómago para no llorar por mi acordeón. No me atrevo a girarme para mirarlo. La pequeña armónica aguarda en mi bolsillo como una semilla bajo la tierra. ¿Germinará en mis labios cuando mi soplo la fecunde?

De nuevo el Nereo muge, largo y prolongado. El aroma del vapor araña el aire marino. Sopla con cada vez más fuerza el viento severo del Norte. Cambio...

Cuando subo al barco, me siento un poco más a salvo de la adversidad, aunque no estaré seguro de nada hasta que ese titán se despegue del puerto. Más de la mitad de mi vida la he pasado en esta ciudad

portuaria y, sin embargo, es Francia, esa otra, la tierra madre. La raíz a la que, siento, tengo que volver.

Entre el mar de abrigos ocres y grises que genera la multitud hay una figura que se mueve más rápido de lo que yo desearía. Chaqueta holgada, chistera fofa, línea diplomática. Es un viejo furibundo con la barba gris plata, muy larga, que acolcha los pómulos huesudos de una cara consumida por la acritud. El profesor Campbell busca por todas partes, colérico, loco, solo le hace falta levantar las faldas de las mujeres. «Lo haría —pienso— si se quedara con una de ellas a solas». Lo odio, lo aborrezco, no puedo borrar de mis oídos el timbre flemático de su voz. No puedo sacarme de las fosas nasales el hedor acre de su aliento a vodka. Todavía le tengo miedo.

El profesor Campbell se sube a un banco de forja y otea a su alrededor, buscando al ladrón, al fugitivo, a su pupilo traidor, a su víctima. Entonces, como si él también percibiese mi presencia, alza la cabeza hacia la cubierta del buque. Me agacho para que no me vea. Hago como que se me ha caído algo. Si me quedo mirando al profesor Campbell, será como dispararle una flecha, y él lo descubrirá. Si ese viejo asqueroso le cuenta al guardia portuario lo que he hecho, Francia desaparecerá para siempre.

Aguardo. Sigo palpando el suelo en busca de cualquier cosa. Los viajeros que pasan a mi lado me ignoran sin más, a veces me pisan las manos y no siempre se dan cuenta. Otras veces me arrollan con sus maletas y bultos. Una mujer se disculpa con poco entusiasmo. Yo le sonrío, inconscientemente. Tal vez es que pretendo hacer ver que estoy tranquilo. ¿Quiero engañarme a mí mismo?

«Vamos, vamos», increpo al Nereo en mi interior. «Vamos, maldito amasijo de hierro y de fuego. ¡Titán inútil, ponte a navegar!». Maldigo al capitán, maldigo al segundo de a bordo. Maldigo a toda la tripulación. «¿A qué esperamos?». Se produce agitación en las colas de la gente que espera, concretamente en la de los viajeros de tercera clase.

—¡...primero! —grita un hombre, indignado—. ¡Guarde la fila como todos los demás!

Alguien está tratando de colarse allí. Es él, sin duda, es el profesor Campbell. Mi corazón late demasiado rápido y me hormiguea la sangre cuando riega mis piernas. Me subo las solapas otra vez, me bajo el ala del bombín hasta el puente de la nariz. Con los dedos me meto el pelo por dentro.

—¡...un maleducado! —protesta una señora—. ¿Cómo se atreve?

La muchedumbre se remueve demasiado. No cabe duda: Campbell está llegando allí. ¿Es que el guardia portuario le ha dado consentimiento? Sudo y me tiemblan las manos. Podría correr y mezclarme entre las masas, pero entonces me pillarían, seguro, como a una liebre cuando escapa. Es mejor quedarse quieto, aguardar en calma, confiar. El viento del Norte golpea de nuevo el puerto de Southampton, esta vez con más crueldad. Se recibe más frío que la muerte. «Viento de cambio», ruego, «viento de cambio». Una vez leí que los antiguos atenienses rezaron al viento del Norte para que los protegiera de la invasión persa. El viento del Norte hundió a cuatrocientos barcos enemigos.

—¿Qué se cree? —replica un campesino—. ¿Que ni paga ni nada?

Los pasos de Campbell vibran sobre la cubierta. Parece mentira que, en medio de miles de zapatos trotando al mismo tiempo, yo pueda reconocer los pasos de ese canalla. Pues claro: he escuchado su ritmo durante años por los pasillos solitarios del orfanato. Se acerca, corre hacia mí, ya me tiene, ¡todo perdido!

Un acordeón azul comienza a entonar una balada triste. No es un acordeón: es un amigo viejo. Los pasos de Campbell deshacen el rumbo, saltan frenéticos en dirección a la escalerilla. El viejo baja de nuevo al muelle, se abre paso empujando a los pasajeros, grita de ira y... descubre a Alain, el niño sin zapatos, que toca el instrumento. Se queda pasmado y quieto, allí delante, y la gente, que lo observa con sorpresa, cree que está tarado.

El Nereo muge por tercera vez. ¡Es la señal! Se desprende finalmente de las amarras y comienza a alejarse del puerto mientras que yo, desde la cubierta, me río a carcajadas del profesor Campbell. El viejo se da la vuelta, esta vez me ha descubierto, aunque ya no puede hacerme más daño.

Me apetece fumar un poco, pero antes saco mi cuaderno. Con la pipa apagada en los labios, lo abro por donde tiene apuntadas las citas de muchos filósofos. Hay una que escribí yo mismo. Hoy necesito leerla: *Donde quiera que vayas, renace, crece, deja frutos y cambia.*

—Cambio —susurro. Y solo me escucha el viento del Norte.

El día que nací, mi padre perdió la cosecha. Mi madre enfermó cuando me salió el primer diente de leche. El día que perdí ese diente, ella murió. Demasiado tiempo me he tomado para mutar la suerte del profesor Campbell. Quizás en un momento de mi vida deseé conformarme con el orfanato. Quizás fue el miedo a la calle y a las minas. Sin embargo, un destino indómito se revolvía en mis entrañas, cada vez con más violencia, empujándome a morir para volver a nacer. Está hecho. Hoy abandono Southampton y el viejo profesor se arruina. «Cambio», musito, en equilibrio.

Francia es, por lo pronto, lo que más se parece a mi premio. Me pregunto si esa, mi tierra, me recordará, si me recibirá con los brazos abiertos. Me pregunto si me gustará el café.

Me enciendo la pipa. Llevo tabaco suficiente para dos o tres meses y en las cocinas del barco me darán sobras. Puedo incluso sacar unas propinas tocando la armónica, pues la música es una bestia dócil en mis brazos.

El viento del Norte me curte la piel de la cara y augura una tormenta. Pero, ¿qué puede hacerle una tormenta marina al Nereo, ese buque que lleva por nombre el de un dios del mar? El dulce tabaco de las Américas sabe en estos momentos un poco más salado. Se me caen las gafas al agua. Tal vez me compre unas nuevas cuando llegue a Francia. Sí, de hecho será lo primero que haga. Mis

ojos ven perfectamente, solo es que no me gusta que la gente los mire de cerca.

Luego, exhalo un chorro de humo por la boca y sigo escribiendo:

Cuando un dios cambia de parecer, el viento sopla en otra dirección.

Me llamo Bóreas Jérémie Rousseau.

Yo soy el viento. Yo soy el cambio.

2

Viento del Norte

París. Año 1889, a 7 de Septiembre

El viento del Norte desgarraba la nube de vapor negro que se gestaba en la garganta caliente de una locomotora en marcha, en medio de un camino rural, lo que la gente de ciudad llama *en medio de la nada*. Hacía que los vagones casi vacíos del tren regional traquetearan más de lo que a Oscar le agradaba. Era ese bamboleo seco y rítmico lo que había provocado que se marease un poco. De haber podido escribir esta historia él mismo, habría colocado en la escena aire sedoso del sur y un crepúsculo primaveral, rosa y blanco, como las flores de los cerezos. Pero como esto escapaba a su circunstancia, el viento era gélido, un mordisco, una cuchilla. Demasiado frío para ser un viento de finales de verano. Demasiado pronto para tanta frialdad. Además, la corriente se filtraba con indolencia por una ventana que tenía el cierre roto y le estaba congelando los pies dentro de los zapatos, con la molesta sensación, además, de treparle por dentro de los camales del pantalón, deslizándose entre la tela y la piel de sus piernas, como un rabo de lagartija. Se había levantado un par de veces para echar por encima la cortinilla, desteñida por algunos ratos de sol, pocos en realidad. Si el revisor pasaba por allí, le pediría que ajustara esa ventana. Sí, llevaba esperando al revisor desde que el tren se había puesto

en marcha, hacía casi media hora. Pero nadie había acudido. Un tren fantasma, imaginó.

Su única compañía en todo el vagón era un joven matrimonio que viajaba con baúles y maletas, tantos bultos como lleva alguien que se muda a la gran ciudad: ropa, enseres, el ajuar de la joven esposa... Ella dormía sobre el hombro de su amado. La huella del agua de rosas en la memoria de su mejilla era el fruto de una vida cómoda, a resguardo del esfuerzo, una vida que no conocía las carencias. Él se mantenía despierto, ensayando su reciente papel de marido protector. Ya podrían tener un buen carro esperando en la estación para cargar todo eso. Oscar odiaba las mudanzas: la sensación de desamparo que se produce cuando se ha dejado de poseer un refugio sin tener todavía otro, la angustia de mal dormir por primera vez en una casa desconocida, observado por sus ruidos desconocidos de tuberías, carcoma, vecinos molestos... Estaba bien así. Soltero y sin hijos, trabajaba como practicante en el Hospital Lariboisière desde que había terminado los estudios, hacía ya nueve años, casi diez. Al fin y al cabo, la rutina erigía todas sus decisiones y Oscar amaba dicha rutina... ¿La amaba?

Nunca se respondía a sí mismo. Dando la espalda a su frustración, se arrebujó en su gabán gris y se rindió al cansancio, reposando la nuca sobre el cabecero del asiento. Él mismo, cuando era un estudiante, había subido en ese tren miles de veces, del pueblo a la ciudad, de la ciudad al pueblo, con su maleta y un panecillo bajo el brazo. Con la yema de un dedo trazó espirales en el tejido apelmazado de la butaca de al lado, erosionada por la fatiga de los tantos viajeros que la habían tomado prestada en sus travesías, pues ese tren era cogido por mucha gente cada día... excepto los domingos por la tarde.

Domingo de sopor. En cualquier parte del mundo, los domingos eran eso. Enrarecían el aire y viciaban la mente. «Me vendrá bien fumar un poco», se dijo, buscando la pipa en su bolsillo interior. La sujetaba con los labios mientras se palpaba el otro bolsillo con torpeza. Más torpe aún se sintió al descubrir que había perdido el tabaco. «Y era del bueno», lamentó.

Su maletín de cuero negro reposaba en el puesto de enfrente, con su boina apoyada encima. Quitó los seguros para buscar dentro, pero solo redescubrió las vendas, las tijeras, los apósitos y el resto de instrumentos de su menester. El joven esposo abrió los párpados, que se le habían caído hacía un minuto, un minuto en que no cuidó de los bultos ni de su amada... La somnolencia había quedado relegada en él al notar movimiento en el vagón, mas la calma le fue devuelta cuando descubrió que solo se trataba del practicante que viajaba en la fila opuesta de asientos.

Oscar, ignorando a los recién casados, y no con poco fastidio, cerró el maletín y se resignó al abrazo, cómodo a medias, del asiento del tren. Solo los primeros ratos de viaje lo había reconfortado. Ahora le dolía la parte baja de la espalda y el entumecimiento de las piernas le molestaba sobremanera. Le apetecía flexionar las rodillas, recostarse, pero eso no era propio de un hombre decente. Y como no quería pasar por uno de esos libertinos que llegaban borrachos tras el frenesí de las noches de sábado, permaneció sentado con la columna recta, como si le hubiesen metido un bastón por dentro de la camisa, con las piernas juntas, las suelas de los zapatos apoyadas en las tablas del suelo. Por suerte, la boquilla de la pipa sabía a dulce tabaco de las Américas, su preferido, de aroma azafranado y salpicado por el amargor de la madera de olivo.

El inminente otoño, que comenzaba a hacerse notar con dulces lloviznas y ratos de luz silenciosa, castigaba ahora con su mano más severa a las campiñas del camino. El viento del Norte se abría paso entre las ramas de los fresnos, las rompía en añicos pareciendo masti-carlas. Les arrancaba las hojas ocreas a los olmos, devoraba a las nubes del color de la ceniza. Más miedo le tenía Oscar a la chopera, junto al río Sena. Una vez el viento derribó un chopo muy viejo, alto como el campanario de su pueblo, y el tren se detuvo durante horas hasta que los restos del árbol fueron apartados de la vía. Eso ocurrió una de las primeras veces que Oscar fue a la ciudad, cuando solo tenía dieciocho años. ¿Había pasado tanto tiempo? Estaba a punto de cumplir los treinta, aunque todo en su mundo seguía igual.

Apoyó la frente sobre el cristal de la ventanilla y lo primero que se encontró fue su propio reflejo. Se escrutó a sí mismo, a sus cejas velludas, ceñidas en una mueca de preocupación crónica. El surco malváceo de las ojeras contorneaba sus ojos felinos, ligeramente oscuros, macerados en el sobrio tono del cacao.

Fue después cuando miró al exterior: se despedían los inmensos chopos del dragón de hierro que era el tren regional, increpándolo con las sacudidas de sus ramas, como si le perdonaran la vida y le prometieran pelear la próxima vez que atravesara ese tramo. ¿O era el viento del Norte quien se carcajeaba en su malicia? Por toda respuesta, el aullido de la locomotora se arrojó sobre aquel enclave, aún lejano a la civilización. Se oyó como un «¡Atrévete conmigo!», y Oscar aprovechó para contemplar el cauce del Sena hasta que el avance de la máquina lo apartara de allí. Las aguas, bravas y plomizas bajo la inminente tormenta, parecían albergar a criaturas de otro mundo, allí, en ese tramo salvaje que el tren, colono del progreso, cruzaba con soberbia. Por un instante, creyó ver a una chica entre las olas. Los brazos agitándose, las enaguas infladas por el agua... El sobresalto hizo que casi se atragantase con su propia saliva. Entonces se le cayó la pipa de los labios, aterrizando sobre el asiento, y volvió a mirar. Siempre había gozado de una vista penetrante, a pesar de los años de estudio y de su afición por la lectura de reseñas científicas. No había ninguna chica. Sin duda fueron las olas, y también el domingo, claro, pues provocaba cierto aturdimiento en él. Nada preocupante.

Se giró para comprobar si el joven esposo se había extrañado por su comportamiento, pero aquel dormitaba de nuevo. Al parecer, había delegado la vigilancia de toda su carga en Oscar, el único viajero a bordo del vagón. «Delega muy pronto», pensó. Por un instante acudió a su mente una imagen sórdida y desgarradora: los jóvenes esposos abrazados, muertos, cadavéricos, cubiertos de polvo y tela de araña con la carne ungida en putrefacción. Gusanos, sangre coagulada... Se sacudió ese horrible delirio tan pronto como pudo. Desde luego, las autopsias a las que había asistido durante su periodo de formación (un privilegio, al fin

y al cabo, pues él no era estudiante de medicina y el acceso era exclusivo para estos) habían medrado su sensibilidad para siempre, abriéndole una herida en el subconsciente que nunca sanaría del todo.

Llovía, y cada gota de lluvia traía consigo una mies del tizne oscuro que, despacio, lamía el cielo nocturno. La noche de tormenta se tragaba a la luz de la tarde, que ya era un delgado hilo lechoso en la línea del horizonte. No saldrían más trenes de la Estación del Norte ese día, aunque sí los había aún por llegar. Uno o un par de ellos. ¿Qué más daba? Oscar ansiaba llegar a la estación y pedir su taza de té *earl grey*. No por el té, sino por ella: por Camille, la dueña de Le Petit Cafe.

La locomotora aulló nuevamente. En su lenguaje de vapor quería avisar a los pasajeros de que la estación se acercaba en la distancia. Abrigarse, ponerse bufandas y comprobar el equipaje o el dinero en los bolsillos era casi obligatorio. A pesar de las paredes que separaban a su vagón de los otros, Oscar casi podía ver esos gestos aprendidos, inconscientes, en quienes viajaban al otro lado. Jovencitas que se calzaban tras haber mantenido en alto sus delicados pies, niños que buscaban en el último momento el juguete que los había acompañado durante el viaje, estudiantes que se sacudían las migas de pan del pantalón... Los jóvenes esposos estaban despiertos, ambos se veían ahora lúcidos. Ella se echaba una capa de armiño sobre los hombros y él cargaba con cuatro bultos a la vez.

—¿Me permite? —le ofreció Oscar, tratando de ayudarlo. A fin de cuentas, él no transportaba más carga que su pequeño maletín y su boina, que se puso de inmediato en la cabeza. El sombrero del joven esposo era de copa, muy alta.

—Se lo agradezco —respondió examinando el maletín de Oscar. Todos los médicos y practicantes poseían uno similar, así que al joven le transmitió confianza, pues solo había hombres respetables desempeñando esas profesiones. Después, analizó el resto de la carga—. ¿Puede coger ese baúl de ahí?

—¿El de cuero dorado?

—Ese mismo —asintió el recién casado. Su timbre de voz aún conservaba un matiz adolescente—. Mi suegro nos espera en el andén. Su mayordomo conduce un coche.

Oscar entendió: un coche de vapor o de caballos, no sería tan indiscreto como para preguntarle, pero un coche, después de todo, que podía transportar eso y mucho más. Finalmente, el tren regional arribó a su destino y descansó en el andén número tres de la Estación del Norte, donde el hollín dormía entre las oquedades de los muros. Oscar ayudó a los jóvenes esposos, que derrochaban su muy buena educación en palabras de gratitud, y después se despidió de ellos con parquedad. No tardó poco en disiparse la pequeña muchedumbre que había viajado en el resto de los vagones, pues como decíamos, los domingos no era mucha la gente que cogía el último tren.

Era tarde. En esa época del año, además, comenzaba a oscurecer cada día antes. Un farolero prendía las luces que aportaban a la estación una gota de calidez en medio de la tiniebla, cuando, de pronto, otra fuerte ráfaga de viento azotó la estación. Viento del Norte, irritante, odioso como los cambios.

Oscar se sujetaba la boina para que no fuera arrastrada por el viento, que hacía ondear su gabán, pegándosele al cuerpo de un modo casi ridículo. Le consolaba que todos los transeúntes a su alrededor se viesan igual de cómicos, unos persiguiendo a sus gorras, otros cerrándose la chaqueta con una mano sobre el pecho... Él todavía sostenía la pipa con la boca. Fumaba tan de continuo que raras veces la guardaba. Cuando a la ráfaga de viento le sucedió otra aún más agresiva, mordió la boquilla y dejó en ella la leve marca de sus dientes incisivos, unos dientes sanos, sí, aunque algo enmarillecidos por el tabaco. En cualquier caso, Oscar no era muy de sonreír.

Cuando dejó los andenes atrás, y sin cesar de maldecir al mal tiempo, llegó al área de comercio, donde estaban los restaurantes, el horno de la estación, ya cerrado, claro, y las tiendas de regalos. El ronroneo macilento de un triste acordeón acompañaba sus pasos desde

una esquina, y en ella un viejo orondo, de barba blanca y tez gitana, extraía miserias en forma de balada al fuelle de su lloroso instrumento. Olía a azúcar tostado, delicioso aroma que ojalá pudiera lamerse. Aceite frito, castañas asadas, café... Perfumes mágicos, capaces de calentarle a uno el cuerpo con que solo sean olidos una vez. La esfera de un reloj incrustado en la fachada de una zapatería indicaba que eran casi las cinco de la tarde, así que aún tenía tiempo, pues Le Petit Cafe los domingos cerraba a las ocho.

Las puertas de la cafetería de Camille Dubois eran de madera, lacada en color crema con acabados en rojo, con una gran cristalera que se limpiaba a diario. Sobre el arco de las puertas, una placa de hierro forjado con un rótulo de estilo victoriano rezaba:

Le Petit Cafe

Sí, una casita de muñecas, cándida y primorosa, para disipar los escándalos pasados de la Bella Donna. Se contaba que la famosa bailarina Jane Avril había sido su discípula. Y es que Camille había sido una de las cabareteras más pérfidas y deseadas del centro de París hasta que sus padres fallecieron de tuberculosis y tuvo que heredar su negocio para sacar adelante a su hermano menor. Esa era Camille. Y Oscar, sencillamente, era uno más de sus adoradores.

Desde hacía semanas, un cartel pintado con gouache sobre cartón colgaba de la fachada anunciando el clamoroso estreno de la obra más anhelada del año, *Bóreas, Viento de Norte*, en el teatro Folies Bergère, un evento que esperaba recibir a cientos de espectadores de las más altas esferas parisinas. A Oscar, sin embargo, no le interesaba el teatro. Tampoco esa monstruosidad de la Torre Eiffel. ¿A quién se le había ocurrido construirla? Solo deseaba encontrar a Camille. Conocía de memoria justo el recodo desde el que podía mirarla sin que ella lo viese a él. Sí, estaba... La impetuosa hostelera se encontraba al otro lado de la barra, regentando su pequeña cafetería como un corsario dirige su embarcación, incansable. Siempre tenía una sonrisa, siempre acertaba con los gustos de los clientes, y nunca callaba, ante nada ni

nadie, si se trataba de protestar o de dar su opinión. Era ese sutil toque de descaro en conjunción con su buen saber estar lo que la hacía irresistible, por no hablar de su belleza.

Entraría. Moriría de vergüenza, como casi todas las veces, porque Oscar era tímido. Un tímido enamorado de una mujer que tenía bien dónde escoger. Pero, aun así, entraría. Abrió la puerta, de hecho, no sin antes usar la cristalera como espejo. Se sacudió el gabán, arrugado tras el viaje, se quitó la boina, se atusó el pelo con la mano. Las patillas largas acentuaban su aspecto intelectual. No era ningún dandi, ¡Dios lo librará! Aunque sí un tipo aseado, con la barba bien afeitada. La boina otra vez. ¡Qué mediocre se veía con esa tan discreta! ¿Debería comprarse un sombrero? En el barrio había una sombrerería donde...

—¡Eh! ¿Pasas o no? —le preguntó un hombre en tono déspota. Era un ferroviario, se lo chivaron las manchas de tizne de su camisa—. ¿Vas a entrar?

—Perdón... —se disculpó Oscar, echándose a un lado.

El ferroviario ni siquiera lo miró. Pasó junto a él, empujándolo, para salir de la cafetería mientras se tapaba con una gorra de pana la cabeza calva.

Entonces, ya sí dentro del local de Camille, Oscar examinó las mesas a su alrededor. No más de la mitad estaban ocupadas, aunque todas estaban adornadas con margaritas frescas, ya fuera dentro de una tetera japonesa o en una vieja botella de *vermouth* utilizada como jarrón. Olía a tabaco y su humo especiado flotaba, espeso, como una sugerente cortina de satén. Una lámpara de araña, de estilo barroco, alumbraba toda la estancia. Camille le contó que la había conseguido en un rastro por cuatro céntimos y que un amigo suyo que era pintor la había restaurado. Desde luego, el esmero que la Bella Donna ponía en dar a su cafetería ese aire tan bohemio y artístico había convertido a Le Petit Café en un lugar de encuentro para intelectuales, estudiantes, eruditos, artistas... Pero él era un hombre práctico. Ni para atarse los cordones de los zapatos tenían arte sus dedos.

—Me queda un hueco discreto, aunque con buena luz, para un médico muy educado —le sorprendió, de súbito, una voz amiga. Era terciopelo, terciopelo granate. ¡Qué bien la modulaba! Y es que ella, en otro tiempo, había cantado sobre escenarios...

Camille Dubois esperaba tras la barra, observando a Oscar con pericia, arqueando una sola ceja y regalándole media sonrisa. Los labios pintados de rojo, al igual que los lucían las actrices del teatro, dejaban entreabiertas las puertas del Eliseo. Su moño a la canela consentía que se viera su cuello —¡cuántos mordiscos de amante no se habrían vertido a chorros sobre ese cuello!— y algunos mechones indómitos flotaban por encima de sus hombros. ¿Qué sabor tendrían?



BÓREAS VIENTO DE NORTE



Un pasajero sin tren

—Mademoiselle Dubois... —fue todo cuanto respondió Oscar, casi tartamudeando, e hizo una inclinación con la cabeza—. Le recuerdo que no soy médico, sino un simple practicante.

De no ser por la barra que los separaba, le habría cogido una mano y se la habría besado en el dorso. A ella le gustaban esos gestos caballerescos, la divertían. Pero la barra del café estaba ahí, siempre, poniendo distancia entre sus derroteros, sucia y limpia al mismo tiempo, colonia de tazas usadas con azúcar reseco al fondo, de copas apuradas que seguían oliendo a *brandy*, de vinagre de encurtidos de los que solo han sobrado las cáscaras o los huesos.

—Camille —lo corrigió ella—. Llámame Camille, y no me trates de usted. ¡Ay, Oscar! Yo también te lo tengo que recordar todo el tiempo, ¿eh?

Se rio con la boca entreabierta, lo justo para mostrar los dientes sin parecer grosera. Era grácil, natural, feminidad en sí misma. Era también más lista de lo que hacía creer a pesar de esa ensayada ingenuidad, de la seductora candidez que había aprendido a utilizar a su favor. A fin de cuentas, no se debía olvidar que era la dueña y señora de aquello, y que la experiencia en los cabarets la había enseñado a

defenderse bien en un mundo de hombres. No hombres como Oscar. No hombres buenos.

Oscar se sentó frente a la barra, cuarteada por el cerco reseco de infinitas rondas que habían desfilado sobre ella año tras año. Apoyó los codos descubriendo demasiado tarde que aún quedaban algunas gotas de leche sin limpiar. Ya se había manchado las mangas de la camisa. Entonces Camille, sin dejar de sonreír, aclaró lo que pudo con una bayeta. Él no osó protestar. Luego, la Bella Donna se dio la vuelta para buscar el mejor té de su selección. En realidad, lo compraba solo para Oscar porque nadie más por allí pedía té *earl grey*, pero eso él no lo sabía.

El tiempo que Camille tardó en llenar una tetera con agua fue suficiente para que Oscar, por un instante, concediera a sus ojos la recompensa de reposar sobre la espalda pálida de la hostelera. Un corsé negro torneaba su cintura. Ese color fortalecía su imagen, la embellecía como a una Venus, la tornaba fuerte y agrisado al mismo tiempo, como los licores afrutados con un poso de amargor. Las mangas las llevaba de encaje y el blanco de sus brazos se asomaba por debajo, más que sugerente. Camille era un tulipán negro sembrado en la nieve, igual de exuberante, igual de frío y siniestro, en ocasiones.

Los estantes tras la barra mostraban infinitas hileras de botellas de todos los tamaños y formas, algunas de vidrio transparente y otras de vidrio de color. Y en el lugar más visible, junto a una vieja cafetera con el asa quemada, desde un portarretratos el señor y la señora Dubois custodiaban su legado tras el velo sepia de su única fotografía hecha en vida. Camille era idéntica a su madre, solo que más atrevida e irreverente. Con diferencia, mucho más feroz.

—¿Qué tal se encuentra tu anciana madre, Oscar? —le preguntó, colocando su taza sobre la barra—. Vienes de visitarla, ¿no? Como todos los domingos...

—Eh... Sí, claro, he pasado el fin de semana en Pontoise... —balbució mientras Camille le acercaba una cajita cuadrada de metal llena de tabaco, para que se sirviera. El glamour que derrochaba toda su

bien cuidada imagen se terminaba al llegar a sus manos, curtidas como las de cualquier hostelera, las de cualquier mujer que trabaja duro, aunque en su dedo anular lucía un anillo vistoso. Y Oscar entendió que Camille volvía a estar prometida.

—¿Y? —le preguntó ella, devolviéndolo a la realidad—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien... —contestó Oscar, de nuevo, cogiendo hebras de tabaco con los dedos—. Está muy anciana, eso es todo.

Camille le sonrió como se sonríe a un crío que cuenta una travesura, y es que Oscar no era un tipo como los otros. Alto y un poco zancudo, con la ropa bien planchada, en el fondo no era más que un ratoncito de biblioteca. Cualquier gata callejera como ella se lo podría comer cuando quisiera. Pero Camille no lo haría: le enternecía su buen saber estar, le gustaba la ligera curvatura de su nariz. Podía reconocer en su cara al niño que todavía preservaba en su interior, limpio de perfidia, aunque fumara en pipa.

—¿Qué tal está Armando? —inquirió el practicante para darle conversación. Estaba seguro de que el último amante de Camille que había conocido se llamaba así y esperaba no meter la pata de nuevo.

—¿Armando? —se indignó ella—. Pues estará en su casa, supongo. O emborrachándose en un bar de mala muerte. ¿Yo qué sé? Hace dos semanas que rompimos.

«Vale... He metido la pata», se dijo Oscar dando una calada a la pipa.

Una camarera se detuvo junto a Camille para alcanzar una botella de aguardiente del bueno, aunque esta le hizo saber con una sola mirada que debía escoger otro más barato: el que servían a clientes no habituales.

—Pero estoy bien —se resarcó Camille cuando la camarera se alejó de nuevo. Y sonrió. Esos labios de veneno rojo eran más lascivos que los de la tentadora Lilith. Después, mostró el anillo a Oscar y el

rencor por el tal Armando se desvaneció—. Estoy prometida con un importante pintor. ¿Has visto los carteles del Folies Bergère?

—¿Te refieres al de la puerta? —Oscar se giró a mirar otro cartel igual a aquel que pendía de la pared más próxima, justo en el pequeño puesto donde el hermano de Camille, un chico de unos dieciséis años, se ocupaba de vender tabaco, cigarrillos y rapé.

—¡Sí! ¿A que es precioso? —exclamó ella, orgullosa—. Pues lo diseñó y lo pintó Oliver por encargo del mismo director del teatro. Eso le ha dado mucho renombre y ahora no paran de salirle ofertas importantes. Incluso hay un noble, un conde o algo así, que le ha pedido un cartel para una fiesta privada.

Oscar, aceptando con estoicismo su nueva derrota, se fijó en el dichoso mural de cartón. Primero, con envidia, y la envidia le hizo mostrarse indiferente. «Tampoco es para tanto», trataba de convencerse. Pero lo cierto es que el cartel era llamativo, contundente, impresionaba. Imposible sería no mirarlo si uno lo veía caminando por el centro de París colgado de fachadas y edificios emblemáticos.

Bóreas, Viento de Norte, decía el rótulo en negro. La tipografía carecía de grandes florituras, aunque se leía bien y cumplía su función. Era armónico, con trazo popular, atrevido, nada burgués. En la parte inferior del cartel, en una franja de color calabaza, aparecían las fechas del estreno, el lugar, el precio de las entradas, el nombre de los patrocinadores y de la compañía de teatro. Por último, estaba el arte: la imagen del fondo definía a una muchacha intentando cubrirse la cabeza con una capucha mientras que el viento soplaba sobre su rostro, tratando de impedirselo una y otra vez. Azules y bronce, algo de blanco en la tez de ella que acentuaba el claroscuro del conjunto en general... Oscar supuso que era Perséfone, la doncella de la obra, una Doña Inés, una Julieta, una Leonor... En fin, otra doncella renacentista, una nueva *donna angelicatta*. Otra historia trágica de amor. ¿Qué tenía eso de impre-

sionante? De pronto, fue consciente de sus desprecios a ese cartel, ¿se había puesto celoso, acaso?

—El original lo pintó con tizas pastel —continuó explicando Camille, como si fuera toda una experta en arte—. Lo tienen ya en el Salón de París, quieren exponerlo cuando acabe el estreno. ¡Oh, Oscar! ¡Esto va a ser un filón! Además, he ofrecido Le Petit Cafe para que Oliver dé una charla sobre su técnica pictórica. Vendrán el alcalde y su esposa. ¡Mira! En los periódicos hablan de él.

Camille estaba muy enamorada, sí. Quizás lo estuviera de ese Oliver o tal vez de su futuro prometedor. El caso es que puso el periódico de ese día encima de la barra. Estaba abierto por la sección de cultura. La fotografía de la cabecera recogía una imagen de la fachada del Folies Bergère, y a un lado, ocupando una sexta o séptima porción de la página, aparecía el cartel publicitario de la obra. En el pie de imagen mencionaban a un tal Oliver Mignon, que no podía ser otro sino el Oliver de Camille.

—Oliver también me ha pintado a mí, ¿sabes, Oscar? —continuó la Bella Donna mientras secaba tres copas limpias—. Lo que pasa es que me ha pintado desnuda y, claro, pinta tan bien que se nota demasiado que soy yo. Me apetecía colgar el cuadro ahí, en esa pared de detrás, pero Oliver me pidió que no lo hiciera. No deseaba que todos los clientes me vieran como Dios me trajo al mundo. ¿A que tiene gracia?

Las carcajadas de Camille eran frescas, repartían su fulgor femenino entre quienes la escuchaban reír así, tan a gusto. En cambio a Oscar todo el tema del desnudo y el incómodo pensamiento de lo que debió de ocurrir entre ella y el pintor después de que este la retratara, un pensamiento que iba tomando forma en su imaginación más rápido de lo que querría, le hizo ruborizarse. Un hormigueo inoportuno reavivó sus instintos primarios al pensar en el cuerpo de Camille, pero no fue un problema apaciguarlo. Miró a otro lado y pensó en vendas, en jeringuillas, en autopsias, y ocupando con esto su mansa imaginación, apagó ese fuego interno que solo Camille le encendía. Estaba

acostumbrado, pues él era tímido, un tímido. Así que, para rehuir los pestañeos pícaros de la hostelera, hundió la cabeza en aquella página amarillenta de Le Figaro y comenzó a leer.

El esperado estreno de «Bóreas, Viento de Norte» tiene por fin fecha y lugar asignados gracias al consentimiento de la familia del fallecido autor de la misma, Charles Bélanger. La obra, por primera vez adaptada al teatro, será representada en el Folies Bergère el próximo sábado 14 de septiembre por la prestigiosa compañía Le Brun, coincidiendo, además, con el mes en que se cumplirán dos años de la muerte misteriosa del célebre autor, escritor y dramaturgo.

Según las investigaciones que la policía llevó a cabo en su momento, la muerte de Bélanger se produjo en circunstancias muy extrañas justo antes de que el autor terminase de escribir la que se convirtió en su última novela. La falta de pruebas de delito contribuyó a que todo apuntara a suicidio, infarto o consumo negligente de opio, por lo que no se declaró a nadie culpable.

La obra quedó entonces inacabada y, curiosamente, no se halló ninguna hoja de ruta o algún cuaderno de notas en los que Bélanger indicara cómo tenía planeado cerrar su genuina novela que, pese a todo, ha sido publicada en folletines periódicos durante los dos últimos años. Se prevé que en breve será editada en encuadernación de lujo por la casa editorial Hachette, para lo cual la familia ha cedido los derechos convenientemente. Actualmente, está siendo estudiada de forma candente por los críticos y literatos más prestigiosos de las universidades francesas.

Este año, por primera vez, el director de la compañía de teatro que lleva su propio nombre, Rodolphe Le Brun, se ha aventurado, con el consentimiento de la familia Bélanger, a dar su propio final a la obra y a recrear el drama del excéntrico héroe de esta obra, Bóreas Jérémie Rousseau. ¿Conseguirán los amantes, Bóreas y Perséfone, eludir a la muerte? ¿O la tragedia los arrastrará a ambos hasta un final irremediable? ¿Será su amor más fuerte que todas las desavenencias del destino? ¿Logrará Zéfiro robarle a Perséfone la Rosa de los Vientos, su reliquia familiar?

La intriga y las expectativas del público han provocado una compra masiva de entradas, por lo que los pases se han agotado desde el primer día de venta.

La obra, en principio, será representada una única vez en cada capital del país, comenzando su gira en París, en donde, si la demanda es muy alta, la concejalía de cultura y la dirección del teatro se plantean tomar la decisión de reservar otra fecha y contratar a la compañía Le Brun nuevamente para cuando pasen los festivos navideños.

—Supongo que, hasta que acabe el estreno y toda esa parafernalia de la Exposición Universal, no cabrá ni un alma en la ciudad —caviló Oscar, que detestaba las multitudes y el bullicio de las calles del centro de por sí. La idea de que París se colapsara todavía más le resultaba, cuando menos, desalentadora.

—¡Es fantástico, Oscar! —celebraba Camille, ajena a los tormentos del practicante—. Todo el mundo visitará mi café, vendrán periodistas, actores, músicos... No queda nadie de la alta sociedad que no haya leído *Bóreas, Viento de Norte*. Incluso tengo entendido que hay un grupo de universitarios que están estudiando a Bélanger y que asistirán al estreno disfrazados de los personajes de su novela. Qué originales son los estudiantes, ¿verdad?

Oscar quería sonreírle cuando, de repente, las bisagras de la puerta de madera y cristal cedieron en su totalidad, provocando que esta chocara contra una silla que estaba colocada muy cerca. Todos los clientes de Le Petit Cafe miraron hacia allí, pero no había nada ni nadie. Solo el viento del Norte. Camille se había sobresaltado.

—¿Puedes cerrar la puerta, Vincent, cielo? —le pidió a su hermano, que estaba más cerca—. Te digo siempre que, cuando cierres, tiene que sonar un *clack*, si no, el viento la abre.

—Si siempre lo hago, Camille —respondió el chico.

El muchacho era alto y de espaldas fuertes, algo que, sin duda, le hacía compensar su corta edad en un mundo de adultos. Sus mejillas, en cambio, se apreciaban suaves y tiernas aún, salpicadas por un poco de acné, cubiertas por una incipiente velloidad que comenzaba a mutar en una cuidada barba rizada. Vincent todavía contenía esa esencia indefinida de la pubertad, ambigua entre lo masculino y lo femenino.

—A ver, déjame a mí —insistió ella abandonando su puesto detrás de la barra con la intención de demostrarle al chico que ella sí sabía hacerlo bien.

Oscar examinó brevemente al muchacho. Entre este y Camille apenas distaban ocho años de diferencia. Dentro de poco Vincent sería un joven guapo, tan guapo como su hermana, con el cabello de su mismo color canela. ¿El azul de los ojos? Se lo debía a su padre. Pero, ¿acabaría siendo un vividor como los amantes de Camille? Ella siempre contaba que a Vincent se le daba muy bien la música, que tenía talento y que sus amigos músicos podrían hacer de él un hombre de provecho.

—No sé qué pasa... —remugaba la Bella Donna, haciendo fuerza con el picaporte.

Una nueva ráfaga huracanada empujó violentamente la puerta, arrollando a Camille y a Vincent y provocando una corriente de aire que atravesó Le Petit Cafe de lado a lado con un aullido estremecedor, como el eco de mil lobos. Entonces Oscar se levantó de donde estaba, la pipa en la boca humeando, y acudió a ayudar a los dos hermanos.

Justo cuando se disponía a cerrar la puerta de una vez, otro tren regional llegaba al andén número uno. El vagón que se detuvo ante el campo de visión de Oscar se abrió y de su interior se bajó un único pasajero, y el practicante, que aún forcejeaba con la puerta, puso toda su atención en aquella persona: un veinteañero, delgado, no muy alto, con aires formales aunque aspecto descuidado. Abrigo negro de cheviot, de segunda mano, tal vez, o heredado o prestado, pues le estaba ancho como un saco de carbón. El sombrero, un bombín de fieltro pardo, acusaba el desgaste de muchos años de uso. Por debajo se le salían los cabellos en un intento por escapar del yugo de la compostura. La luz de los faroles rescataba de esa maraña áspera algunos mechones de un negro muy oscuro. Puede que decir esto sea una redundancia ya que el negro es, de por sí, el color que se asocia a la oscuridad. Sin embargo, el pelo de ese joven llamaba la atención porque, de tan negro como era, casi desprendía un halo lúgubre y azul. Un color poco humano.

—¿Ves lo que te decía, Oscar? —dijo Camille, señalando al joven que se había detenido en el andén—. Es un universitario. Ya están llegando. Ese se ha hecho un genuino disfraz de Bóreas. ¡Hasta el pelo! ¿Cómo lo describió Bélanger? Negro azulado, o algo así, ¿no? ¿Qué clase de tinte habrá utilizado? No creo que eso se vaya con agua...

En cambio, Oscar no abrió la boca. Debía de ser la única persona del centro de París que no había leído esa novela de moda y que opinaba sobre ella solo para permanecer cerca de la sociedad, menos lejos de Camille. ¿La habría leído realmente la *Bella Donna*? Sí, a pesar de todo, le gustaba la lectura. Era un milagro curioso que a menudo obraba en mujeres que no habían podido acudir a la escuela más de dos años seguidos en su vida. Mujeres que, a pesar de todo, leían...

No pocas veces en las últimas semanas Oscar se preguntaba si *Bóreas*, *Viento de Norte* en verdad era tan buena o si habría pasado desapercibida de no ser por los escándalos de Bélanger, por sus locuras, por las causas no resueltas del enigma de su muerte. Chismorreos y rumores alimentaron la reputación del autor y lo pusieron en boca de todos, aunque era un buen escritor. Un poco de todo, supuso. No ayudaba menos que su protagonista fuera un libertino afectado por una enfermedad venérea. Vaya modelo para la juventud... En cualquier caso, a él no le interesaban las novelas de ficción: era un hombre serio, en sus ratos de ocio leía estudios de medicina y psiquiatría, mas no lo reconocería delante de Camille por si lo tachaba de aburrido o pedante.

Pero cuando Oscar volvió a la realidad, el veinteañero desconocido seguía plantado allí, inmutable como un espectro. Desde Le Petit Cafe todo el mundo lo observaba. Desde luego, algo en ese joven revelaba un toque esperpéntico. Sus gafas redondas, de moldura negra, su maleta llena de candados, su mirada dispersa...

—¿Qué le pasa? —advirtió Vincent, observándolo con desconfianza.

De forma inesperada, la silueta del joven se contorsionó en un movimiento lento, extraño, y después se desmoronó sobre el pavimento del andén. Camille ahogó una exclamación y Oscar salió corriendo hacia el desconocido.

—¡El maletín! —le pidió a la hostelera—. ¡Rápido, tráemelo!

Mientras Camille se apresuraba a coger el maletín del practicante, que se había quedado apoyado en la barra del café, Oscar examinó al joven. Respiraba...

—¡Chico, despierta! —le decía, tratando de reanimarlo—. Mírame, abre los ojos. Eso es... Muy bien... ¿Cuántos dedos tengo aquí?

Oscar le mostró cuatro dedos de su mano derecha. Solo entonces se le ocurrió que, quizás, el joven no hablara su idioma, pues llevaba una maleta de estilo anglosajón. Quería probar a formular la misma pregunta en el escaso inglés que sabía cuando aquel, con la respiración costosa, respondió:

—Cuatro... Cuatro dedos abiertos, claro, sin contar con el pulgar, que lo tiene cerrado, y que constituiría el quinto dedo del conjunto, a menos que usted fuera de esos hombres que tienen seis dedos... ¿Qué día es hoy?

Hablaba el francés a la perfección.

—Eh... —balbució Oscar, atónito por su pregunta—. Domingo, siete de septiembre de 1889. Camille, abre mi maletín, por favor.

Camille, que ya se encontraba arrodillada junto a ellos, contemplaba la escena boquiabierta. No pocas veces había ayudado a reanimar a sus compañeras de cabaret tras noches frenéticas de opio y absenta, pero no quiso interrumpir a Oscar, que era el profesional. Como una experta ayudante de enfermería, fue siguiendo todas las instrucciones del practicante en silencio. Este le tomó el pulso al desconocido mientras una nube de curiosos se cernía sobre el extraño espectáculo.

—¡Apártense, por favor! —los echó Oscar, indignado—. ¡Necesita tranquilidad!

Los mirones, entre el sonido sibilante de los cuchicheos, se fueron alejando de la escena mientras que esta se iba normalizando en medio de la estación. Al fin y al cabo, ya había un médico ocupándose del problema. Bueno, un humilde practicante, como hubiese aclarado Oscar, aunque dadas las circunstancias, tenía la misma validez.

Cuando terminó el diagnóstico, Oscar cogió el sombrero del joven, que había caído a un par de metros de ellos, y se lo puso como almohada para que reposara la cabeza.

—Me duele el brazo... —se quejaba el desconocido.

—Claro que te duele, te has caído sobre él. Da gracias de que no te hayas golpeado la cabeza, habría sido muy grave. En realidad, solo ha sido un bajón de tensión. Déjame verte el brazo para que...

—¡No! —bramó aquel, irguiéndose de golpe y sujetándose la manga de la camisa para que Oscar no pudiera retirársela. El practicante prefirió quedarse quieto, abrió las manos y le demostró con su lenguaje corporal que no lo tocaría. Forzar a un paciente, sobre todo en un estado de ánimo tan voluble, podía acarrear consecuencias graves para el profesional. Y aquel joven, quien quiera que fuese, era raro. Más allá de las lentes de sus gafas halló Oscar una chispa de enajenación mental. ¿O nada de eso? ¿Qué era lo que había en el fondo de sus ojos?

—Camille, prepárale una manzanilla, ¿quieres? —ordenó a la Bella Donna—. Luego te la pagaré.

—Oh, no padezcas, Oscar. ¡Faltaría más! —respondió ella, poniéndose en pie y recogiendo las faldas para caminar más deprisa.

Cuando Camille desapareció de su lado, el ritmo respiratorio del chico se tornó más apacible. Era un indicador de que, en presencia de Oscar, se sentía cómodo.

—Solo a usted... —murmuró—. Solo quiero que lo vea usted. Nadie más.

Oscar palideció. Por un momento lo visitaron pensamientos paranoicos, ¿y si escondía una pistola o un cuchillo? ¿Pretendía asesinar

a alguien? Por otro lado, esa posibilidad era remota: el joven ni siquiera era capaz de permanecer erguido, incluso los músculos del cuello se le habían aflojado cuando Camille se dio la vuelta.

—Bien, bien, enséñame el brazo.

Pero el recién llegado se volvió a mostrar disconforme mientras miraba con desdén a los curiosos.

—¡Aléjense, por favor! —exigió Oscar de nuevo—. La situación está controlada y ninguno de ustedes me es útil ahora mismo, así que, si no les importa, márchense a sus casas. El personal de Le Petit Cafe ya se está encargando de ayudarnos.

Los que quedaban desperdigados por allí accedieron al fin a continuar su camino, así que apenas bastó un minuto para que Oscar se quedara más o menos a solas con su accidentado paciente frente a la puerta de Le Petit Cafe, donde todo había vuelto a la normalidad. Fue entonces cuando el estudiante se levantó con miedo la manga izquierda de la camisa y le mostró a Oscar lo que le pasaba en el brazo.

—¡Santo Dios! ¿Qué clase de...? —se turbó Oscar justo cuando Camille llegaba con una taza humeante.

—Ten, cariño —le dijo al joven, arrodillándose junto a él—. Bebe un poco, te sentará bien.

Camille había adoptado perfectamente el papel de hermana mayor con aquel desconocido. Le ocurría cuando trataba con hombres más jóvenes que ella. En los momentos en que encarnaba esa faceta, toda su frivolidad se desmembraba como un puñado de arena seca. Entre tanto, Oscar le bajaba al desconocido la manga de la camisa. Lo que había descubierto en su brazo, esa enfermedad, escapaba a toda su lógica médica.

—Eso es —insistió cuando el veinteañero se incorporó y dio un primer sorbo—. ¿Quieres que le echemos un terrón de azúcar?

Por toda respuesta, el ruido de una arcada se desprendió de la garganta del joven, aunque no llegó a vomitar. Camille, articulando una expresión de asco, le cogió la taza de las manos.

—No le habrás echado aguardiente, ¿verdad, Camille? —le preguntó Oscar. A decir verdad, la Bella Donna solía preparar las tisanas con aguardiente, así que, por un momento, dudó de sí misma. Era un gesto que tenía más que integrado, tanto que la botella siempre estaba a mano detrás de la barra. Pero no, esa vez no llevaba. Lo había hecho bien.

—¿Dónde está mi tren? —inquirió entonces el estudiante. Su voz se quebraba de camino a sus cuerdas vocales.

—¿Tu tren? —se extrañó Oscar—. Pero... Si esta es la última parada. ¿Es que te has equivocado?

El joven miró hacia las vías, incrédulo. No había ningún tren a punto de salir ni volvería a haberlo hasta la mañana siguiente. Todos aguardaban dormidos, adentrados en el tibio letargo de las máquinas. La angustia lo abordó, no existía color en su cara. Cuando Oscar le examinó los ojos de nuevo, le parecieron normales.

—Mi tren... ¿Este lugar qué es?

Camille y Oscar cruzaron una mirada grave.

—Estás en París, en la Estación del Norte.

Pasaron varios segundos. Era como si al desconocido le costara mucho esfuerzo comprender las palabras de sus interlocutores.

—Pero es que yo no venía aquí... —masculló—. Empecé a encontrarme mal y me bajé... Sí, lo recuerdo... Tengo que encontrar a mi novia. Sí, era eso lo que venía a hacer, creo...

Oscar se frotaba el entrecejo con el dedo pulgar, una y otra vez, y suspiraba. No podía dejar a ese estudiante solo por en medio de París en un estado de conmoción semejante. En ocasiones como aquella le fastidiaba aún más no haber estudiado Medicina Psiquiátrica. Aunque, claro, todo el mundo le decía que esa pseudociencia no tenía ningún futuro.

—A ver, joven. ¿Dónde vive tu novia? Te acompañaré a su casa, pediré un coche.

—No lo sé... ¿En Metz?

Oscar resopló. Metz quedaba a muchas horas de viaje.

—Bueno, pues dime su nombre y preguntaremos en...

—No lo sé, no sé cómo se llama —lo interrumpió el joven. Tenía un nudo en la garganta, ¿acaso se iba a echar a llorar? Sus ojos, de nuevo sus ojos... Por debajo de los cristales de las gafas, se pintaron de un extraño matiz, como si se vaciaran. Vacío absoluto, caos donde no hay nada.

—Cariño, bebe un poco más de manzanilla —insistió Camille.

—No, por favor... ¡No más agua sucia, por favor! —suplicó—. ¿No pueden darme café? Solo una gota...

—Camille, déjale, si no te importa —intervino Oscar, dispuesto a poner fin a aquella escena—. A ver, buen hombre, céntrate, ¿vale? Ibas a ver a tu novia, así que debes saber cómo se llama. No sé, tendrás una foto, una carta, algo donde esté escrito su nombre.

Silencio. El recién llegado, sentado con la espalda recta en medio del andén, posó su mirada sobre el fuego del farol más cercano. ¿Les estaba tomando el pelo o realmente se hallaba en medio de un episodio pasajero de amnesia? Camille, impaciente por la actitud de aquel universitario excéntrico, no podía disimular un evidente guiño de exasperación. Se dio la vuelta para llevarse la manzanilla cuando, por fin, el desconocido habló.

—Mi novia... No sé cómo se llama... Todavía. Es que aún no la conozco...

A Camille se le escapó un sonoro «¡Ja!». Toda aquella parafernalia empezaba a darle risa. Oscar, en cambio, notó que su sangre se helaba como el agua del Sena. Recordó esa ensoñación extraña, cuando había cruzado el río con el tren, hacía media hora: una chica pidiendo auxilio, las enaguas flotando por encima de su cabeza ya sumergida, ahogada... ¿Se estaría contagiando de la locura de ese raro estudiante? Se obligó a no pensar más en ello porque alguien tenía que ponerle a la situación un remate de sensatez.

—Joven, ¿cómo te llamas tú?

El desconocido cerró los párpados y abrió los labios, que habían recuperado el color después del desvanecimiento.

—Me llamo Bóreas. Bóreas Jérémie Rousseau.

¿Bóreas Jérémie Rousseau? ¿No era ese el mismo nombre que el del protagonista de la novela de Bélanger? Habría sonado igual de cómico si hubiese dicho que se llamaba Romeo, Don Juan, Edmundo Dantés.

—Lo que nos faltaba... —rezongó Camille. «Un chiflado», rumió para sus adentros. Pero se abstuvo de opinar. La frialdad se había devuelto a su semblante, como era habitual.

—A ver, necesito tu nombre real —lo intentaba Oscar, armándose de paciencia—. Venga, dímelo por si hay que acercarte a un hospital.

—¿Qué pasa? —dudó Bóreas, temeroso, como si fueran a reprenderlo por algo. El vacío enigmático de dentro de sus pupilas se desvaneció y recuperó su aspecto normal, un aspecto más humano—. ¿He cometido un delito?

—Tu nombre, dime tu nombre.

Y Bóreas, con la mano temblorosa, se sacó la billetera del bolsillo de la camisa. Allí dentro guardaba un documento acreditativo de la escuela donde había cursado sus estudios y hasta una partida de bautismo que su abuela no olvidó echarle en el equipaje cuando tenía solo ocho años y emigró a Inglaterra. En ambos estaba escrito su nombre real. Cuando Oscar lo leyó, no dio crédito.

—¿Qué pone? —inquirió Camille, acercándose a echar un vistazo. Luego, ahogó una exclamación—: *Bóreas Jérémie Rousseau*. ¡Dios mío! Las casualidades existen...

Así que no se burlaba de ellos. Oscar guardó el documento de Bóreas en la billetera y se la devolvió. Aunque le había costado lo suyo, la decisión estaba tomada.

—Bóreas, soy Oscar Cloutier, y hoy te quedarás a dormir en mi casa. Soy practicante, así que podré asistirte si tienes otra crisis. Tengo

amigos en el Hospital Lariboisière y vivo en La Chapelle, muy cerca de cualquier médico. ¿Qué te parece? ¿Quieres venir? Mañana te acompañaré a coger el primer tren.

Camille observaba a Oscar horrorizada. ¿En serio se iba a meter con ese tarado en su casa? Le admiraba la solidaridad de aquel practicante, su generosidad tenía los límites muy laxos, ya lo creía... Oscar ayudó a Bóreas a ponerse de pie. Luego, le recogió el sombrero y la maleta con la que viajaba.

—Camille, ¿puedo pagarte mañana?

—¿Lo dices por la manzanilla? Bah, es solo agua sucia, Oscar, no te preocupes, invita la casa. A lo mejor tendría que haberle echado el aguardiente...

Oscar se giró para indicarle a Bóreas que lo acompañara, pero este se había apartado de él. De nuevo caminaba con firmeza. Plantado delante de la puerta de Le Petit Cafe, contemplaba el cartel del próximo estreno teatral como si la vida le fuera en ello. Despacio, levantó una mano y acarició con los dedos el rostro de la doncella que aparecía pintada.

—No sé si es ella... —susurró. Iba a continuar divagando, con esas frases entrecortadas y delirantes que a Oscar comenzaban a irritarle, cuando este le pasó un brazo por encima del hombro y lo alejó de la visión del cartel. Otra vez el vacío dentro de sus ojos...

—Vámonos, Bóreas. Se ha hecho tarde. —Se giró hacia Camille—. Te veré mañana. Gracias por todo.

—Gracias a ti —respondió ella, con poco entusiasmo.

La estación durmiente se fue perdiendo detrás de los pasos de Oscar y de Bóreas mientras el viento del Norte se colaba bajo los pórticos, robando sombreros, levantando faldas, despeinando a las muchachas, salpicando con puñados de hojarasca las solemnes calzadas de Rue de Dunkerque. Mientras tanto Oscar, a quien sus travesuras le eran indistintas, comenzaba a arrepentirse un poco de llevarse a aquel lunático a dormir a su casa. Sacudiéndose los miedos, alzó la mano y un coche

tirado por dos caballos negros se aproximó hasta donde estaban Bóreas y él. Su invitado no estaba en condiciones de ir caminando hasta casa.

4

El aroma de una flor bordada

Los párpados de Oscar se resistían a ceder al influjo de Morfeo. Bóreas no parecía un hombre peligroso, pero es durante las altas horas de madrugada cuando las sombras se proyectan en la mente de uno, insuflando un haz de vida propia a sus peores paranoias, y así, amilanado por el miedo, al practicante se le antojaban siniestras hasta las cortinas de corte victoriano, incluso el hueco que quedaba entre la pared empapelada y el cabecero de forja de su cama, por donde cabía un brazo humano dispuesto a estrangularlo si bajaba la guardia. ¿Y si Bóreas era un psicópata? ¿Esquizofrénico? ¿Un timador? No fueron pocos los momentos en que se arrepintió de haber metido a ese desconocido en su casa. Por otro lado, ¿qué diablos era esa negrura que le vaciaba los ojos cuando parecía sucumbir a la demencia? ¿Se trataba de algún colirio narcótico de última generación? No le extrañaría, pues no era la primera vez que veía a los libertinos buscando la evasión de las drogas en sus más raras formas. Esnifar azufre o echarse gotas de belladona en los ojos eran prácticas que en algunos círculos parisinos se habían normalizado.

Mientras Bóreas supuestamente dormía en el salón que hacía las veces de despacho del practicante, sobre su cama Oscar todavía se hallaba vestido y calzado, por si tenía que salir corriendo, ponerse en

pie de un salto o, simplemente, defenderse. No apagó el quinqué esa noche. El oído lo tenía atento, y cada vez que Bóreas se removía en el sofá y hacía rechinar su estructura de madera, a Oscar se le ponía un nudo en la garganta, se incorporaba, se acercaba a la puerta haciendo crujir el suelo en un intento torpe de resultar silencioso y después, notándose estúpido, regresaba a su colchón, duro y frío como las sobras de un banquete.

En un momento dado, Oscar alcanzó sin hacer ruido la silla que tenía apoyada en la pared. Era la misma sobre la que solía dejar preparados sus zapatos tras lustrarlos cada noche. Acto seguido, la colocó bajo el picaporte de la puerta para bloquearlo con el respaldo. Fue a comprobar que su truco surtía efecto cuando, sin querer, la silla se precipitó hacia el suelo, rompiendo de súbito la quietud nocturna de su pequeño piso. ¡Qué desastre! Solo esperaba no haber despertado a Bóreas. ¿Qué iba a pensar el joven de su anfitrión?

Recolocó de nuevo el respaldo de la silla bajo el picaporte. «Ahora sí», se convenció. Algo más tranquilo, aunque no mucho, regresó despacio a la cama. Ni siquiera había abierto las sábanas esa noche. Seguía dando vueltas sobre sí mismo y, en fin, dándole también vueltas al suceso de aquella tarde, al encuentro con Bóreas y las extrañas circunstancias que rodeaban a su huésped. En toda su vida como profesional sanitario, visitando hospitales y centros de internamiento, jamás había visto un caso de sugestión tan desproporcionado en un paciente en apariencia sano, es decir, capaz de viajar solo y de expresarse con normalidad. Bóreas debía de padecer algún trastorno obsesivo grave, tal vez irreversible. Tan convencido estaba de ser el protagonista de esa novela de moda que incluso padecía su misma enfermedad: el muérdago, un mal venéreo que Bélanger, el escritor, había inventado, tal vez para dar muerte a su propio personaje. Sí, él mismo le había examinado el brazo a Bóreas cuando se lo encontró en la estación, había comprobado su estado infecto, la herida supurante y blanca estrangulando su carne prieta y joven todavía. «El muérdago no existe, Oscar. Sé razonable», se dijo. Pero, entonces, ¿qué era lo que

había visto? ¿Qué explicación podría dar la medicina a ese hecho? ¿O la psiquiatría? ¿Sería maquillaje, todo una patraña?

Entre unas cosas y otras, y con la cabeza llena de ruido, Oscar terminó sucumbiendo al agotamiento y durmió apenas una hora con la nariz pegada a la almohada, que olía a jabón de Marsella, apretando las mandíbulas y tensando el cuello, con el pulso acelerado, soñando sin parar, hasta que el aceite del quinqué se consumió y la luz borrascosa del amanecer se coló por el hueco que quedaba entre las ventanas y los postigos.

«¿Qué ha pasado?», se preguntó, aturdido aún por la confusión que sucede al sueño. Se había quedado helado durmiendo sobre las mantas con solo su camisa, su chaleco y su pantalón de traje, ahora todo arrugado. «¡Ah! Bóreas...», comprendió, volviendo a la realidad.

Con las primeras luces, la silla encajada bajo la manivela de su puerta parecía la ridícula artimaña de un niño jugando al escondite. Se lavó la cara con el agua de la jofaina para sentirse más lúcido. ¡Qué frío estaba todo! Luego, se afeitó ante el espejo de su tocador, se aseó y se cambió de ropa, abandonando en un cesto la del día anterior. Se la bajaría a la señora Foissard para que la llevase a la lavandería. Tenía la piel erizada, aterida, aunque salió de su refugio luciendo una forzada expresión de tranquilidad. Odiaba levantarse por las mañanas, pero, por encima de todo, odiaba conversar nada más hacerlo, especialmente tratándose de desconocidos.

El café abrió la puerta y entró en su alcoba. Café era el aroma que lo abrazó. Café cremoso, amaderado, brillante su espuma tras un intenso crujir de la cafetera italiana sobre las lenguas del fuego de gas.

Bóreas se encontraba sentado a la mesa, oliendo el polen de una margarita bordada en una servilleta. Apartados de los papeles y dossieres de Oscar, esperaban una tabla de quesos, un bote a medio vaciar de confitura de moras y pan duro cortado en rebanadas. «¿Tan profundo he dormido —se lamentó el practicante— que ni siquiera he escuchado sus pasos?». Además, el joven había colocado dos tazas de porcelana

con plato y cucharilla, tan distintas entre sí como podían serlo ellos. La primera, blanca, tenía pintados en añil molinos de viento de estilo holandés. La otra, de color amapola, no más que un caracter japonés.

—Disculpa si no tengo una vajilla en condiciones... —se excusó Oscar, avergonzado—. Esas tazas estaban en la casa cuando la alquilé, hace nueve años. Tengo unas pocas más, pero no hay en mi cocina ni siquiera dos platos, cucharas o vasos que pertenezcan a la misma colección. Como tampoco recibo muchas visitas, es algo de lo que no me he preocupado durante todo este tiempo...

Bóreas, que ya había tomado asiento al otro lado de la mesa, lo observaba como si no supiera de qué le hablaba. Oscar advirtió entonces que su huésped también se había encargado de encender el brasero.

—¿Para qué quiere dos tazas iguales? —le preguntó, abriendo el azucarero y acercando la oreja al interior, como si fuera una caracola y buscara escuchar el eco de las olas—. Escoger es divertido. ¿Es que no se ha dado cuenta de que la vida es una sucesión de decisiones? Si todos hubiésemos sido aristotélicos, ¿qué habría sido de Séneca o de San Agustín o de Descartes? Le dejaré la roja, combina mejor con su amabilidad.

¿Amable? ¿Había llamado amable a Oscar? El practicante no sabía si era una burla, aunque Bóreas parecía hablar en serio. Sí, todo lo que decía era en serio. No se infería ironía ni sarcasmo en su discurso. «Otro síntoma de su desviación mental». Lo más cauto sería no quitarle ojo hasta que saliese de su casa, por eso el practicante lo observaba por encima de su taza de café, a través del hueco del asa, por debajo de su dedo pulgar cuando se rascaba el entrecejo. Disimulaba fatal, aunque Bóreas no se percató, o sí lo hizo y no se ofendió. Su ingenuidad tampoco decía mucho a favor de su cordura.

Los cortinones del salón se clarearon, impregnados con la luz de una nube muy pesada, y la estancia adquirió un matiz metálico. Entonces, Oscar examinó una vez más la vestimenta de Bóreas con

la inquietud de encontrar en ella algún indicio de su posición social. «Como si eso pudiera mermar su locura», se reprochó. Su huésped iba vestido de traje, elegante, desde luego, aunque muchas veces utilizado. Demasiadas. Camisa beige, chaleco cobrizo, pantalón oscuro bien ajustado, pero también remiendos, manchas imborrables y algún que otro desgarrón. Oscar se imaginó que Bóreas no poseía mucha más ropa que esa, tal vez un par de mudas. Se preguntó si sería de segunda mano, si tendría piojos. Quien dice piojos, dice pulgas. Garrapatas. Para su consuelo, su invitado parecía limpio.

Ajeno a sus elucubraciones, Bóreas alcanzó la cafetera italiana y, asiéndola por el asa con un trapo en los dedos, sirvió el café, primero a su anfitrión y después a sí mismo. Incluso tratándose de un mortecino día de niebla, su pelo negro llamaba la atención: indomable, descarrado, una maraña de restos de penumbra lunar con ese toque azul... Llevaba las gafas ligeramente torcidas sobre el pómulo izquierdo y los hombros de la camisa le quedaban algo por debajo de lo que deberían porque Bóreas no tenía la espalda tan ancha como el antiguo dueño de esa prenda. Oscar supuso que, al igual que el abrigo de cheviot, la habría adquirido en algún rastro. Luego, le observó los ojos con disimulo aprovechando que Bóreas miraba hacia otro lugar: normales, humanos. Quizás esa percepción de vacío en ellos no había sido más que un delirio fruto del domingo.

—¿Sabe cuál es el único regalo que los dioses hicieron a los hombres, monsieur? —le preguntó aquel, con la taza humeante pegada a su nariz. El vaho caliente empañó los cristales de sus gafas, pero no dio muestras de que ello le fastidiara. De hecho, no se inmutó—. Yo se lo diré: fue el café. Ese es el regalo de los dioses.

—Ah, ¿sí? —respondió Oscar, escéptico. Lo que más miedo le daba de tener a ese joven en su hogar era terminar volviéndose igual de loco que él. Sí, ese estudiante no estaba cuerdo, así que no bajaría la guardia hasta que lo dejara de nuevo en la Estación del Norte y lo viera poner sus dos pies en un vagón de tren.

—Pues claro —continuó Bóreas, muy seguro de su afirmación, con las lentes todavía empañadas—. También lo dicen del cacao y del tabaco, del té... Pero esos no fueron regalos de dioses. Esos les fueron hurtados. Por los humanos. —Hizo una pausa y colocó la mano del mismo modo que si sujetara una pipa invisible—. Yo antes fumaba. Tuve que vender mi pipa. Justo conocí el café. ¿Conoce el mito de Prometeo? Él robó el fuego. Se trata de algo parecido... Mire: lo tengo por aquí, lo anoté en una ocasión en mi cuaderno de notas.

Bóreas rebuscó bajo la pechera de su chaleco y sacó un cuadernito de tapas de cuero, no más grande que una mano, que llevaba un lapicero atado con un cordón, mordido por un extremo. En sus páginas la letra del joven, unas veces pulcra y de estilo gótico, otras caótica entre abundantes tachones, daba buena cuenta de sus reflexiones de lunático.

«Está fatal», rumió Oscar. Bóreas sorbió un trago de café, uno muy largo. No le había echado ni azúcar ni leche ni nada. Al retener la bebida sobre su lengua, se diría que alcanzaba un estado de trance, de inmanencia. Oscar, contrariado al verlo, se giró y miró hacia otro lado, hacia el ventanal, mientras consumía en silencio su desayuno. El humo del tabaco, al que tantas veces se entregaba en cuerpo y alma, había otorgado con el paso de los años un turbio color crema a las paredes y al techo de su casa, incluso a las cortinas que, en otro momento, habían lucido blancas como espuma de mar. Blancos y acaramelados eran los tonos de las puertas, de los marcos de los cuadros, de los estantes... Un habitáculo sencillo, suficiente, para la vida suficiente y sencilla de un solitario practicante de barrio.

—Su casa es preciosa —opinó Bóreas, ajeno a la incomodidad de Oscar—. Aunque el aire aquí dentro me sabe a muebles sin usar, bueno, eso si le quitamos el dulzor azafranado del tabaco que usted fuma. Al margen de eso, tengo la sensación de haber vivido en un lugar parecido. O quizás lo soñé... cuando vivía en mi crisálida.

Por suerte para Oscar, hacía más de nueve años que ocupaba ese segundo piso en Rue de la Charbonniere, arrendado por los hermanos

Flamcourt, una de las familias burguesas más pudientes de la ciudad. Como era un hombre con formación, de vida discreta y puntual en el pago, los Flamcourt casi ni se acordaban de él, así que Oscar no contemplaba en absoluto la idea de mudarse. Un nido cómodo de sobra para un pájaro que vuela solo.

—¡Mire! Desde su balcón se pueden tocar las ramas de ese laurel que crece en la calle. No me extraña que tenga ninfas dentro de su tronco. Si se asoma despacio, sin que lo vean a usted, las puede escuchar reír, aunque solo hasta que suenan las primeras campanas. El rocío de las mañanas lo utilizan para hacerse joyas de diamante líquido. Y, además, tiene vistas a la floristería de la esquina de enfrente. Una florista con piel de manzana está colocando las macetas para venderlas, como un rompecabezas de tierra y de hojas. Debieron de cortarle un mechón de pelo a la noche para regalárselo a ella el día en que nació. Verá cuán preciosa se vuelve esta calle cuando lleguen los crisantemos, las violetas, las buganvillas... Creo que a mi novia le encantan las amapolas blancas...

—Bóreas, escúchame —lo interrumpió Oscar, levantándose de la mesa. Intentó que su tono de voz no sonara agrio, mas no lo logró del todo—. Mira, Bóreas, te voy a dar un consejo, ¿vale?

Bóreas se quedó atónito, callado, esperando a que hablara, mientras abrazaba con ambas manos su taza de café, de nuevo llena. «El vacío está volviendo a sus pupilas», pensó Oscar con fastidio comprendiendo que era verdad. ¿O es que solo él era capaz de verlo?

—A ver... —recapituló el practicante—. Ya sé que no soy quién para decirte cómo tienes que vivir ni lo que debes hacer o no... En fin, para eso estarán tus confidentes, tus padres...

—Mis padres murieron —informó Bóreas sin imbuir ningún tono trágico a su voz. Era como quien dice «Las tostadas con mantequilla, por favor». Y a Oscar le crispó todavía más.

—Bueno, siento lo de tus padres. En fin, olvídalos. A lo que iba: yo soy profesional sanitario, lo sabes ya. No soy médico, pero ayudo

a muchos, visito hospitales, me he formado en ellos, he asistido a autopsias, cirugías... Quiero decir, que sé de lo que hablo, tengo cierta autoridad sobre los pacientes, leo las revistas de medicina, y mi consejo para que mejore tu vida es que dejes de frecuentar los fumadores de opio.

Bóreas se atragantó con el café y Oscar corrió a darle topetazos en el centro de la espalda. «Lo que me faltaba», farfulló para sus adentros. Le sirvió al joven un vaso de agua y, cuando este se calmó, volvió a sentarse con él a la mesa.

—Creo que se ha confundido, monsieur Cloutier —respondió Bóreas, sin ningún tipo de malicia y sin sentirse molesto por la insinuación de Oscar. Sus ojos volvían a ser humanos—. Debió de encontrarse con alguien parecido a mí en los fumadores, pero no era yo, se lo aseguro. Yo no voy a esos sitios, no... *Los sueños* de Quevedo me emborrachan mejor que eso, sí. ¿Por qué no prueba a leerlo un poco? No hará daño a su estómago ni le dejará mal aliento.

Oscar, indignado, se rindió. Ni siquiera trató de desmentir que él acudiera o no a esos lugares del demonio, hervideros de depravación y perversidad. En fin, entenderse con Bóreas era complicado.

—¿Usted se imagina el desperdicio? Toda una carrera de Humanidades arruinada por unas caladas de opio. ¿Qué clase de profesor sería yo si fumara opio?

—¿Eres profesor? —se sorprendió Oscar. Sus prejuicios lo habían vuelto a traicionar—. Creía que eras estudiante, pareces muy joven.

Bóreas abandonó su taza, ya vacía, y se levantó para mirar un bodegón colgado de la pared mientras continuaba hablando.

—Sí, mi cuerpo parece muy joven, ¿verdad? Tengo veinte años, veintiuno cumpliré dentro de poco, el día veintinueve de este mismo mes, y he estudiado durante los dos últimos en Amiens. ¿Le he contado que quiero ser filósofo?

—¿Dos años? —se sorprendió Oscar—. ¿Y eres profesor? Eso es...

—Poco habitual, lo sé, pero solo tenía dinero para dos años, así que tuve que dormir menos.

¿Sería posible que dos cursos le hubieran bastado para licenciarse? Superdotación. Genio. Oscar acababa de dar con una de las claves que podrían explicar el desequilibrio de Bóreas.

—Justo ayer me dirigía a Metz para optar a un puesto de trabajo como profesor en un liceo. Bueno, yo creía que mi tren iba a Metz. Debí de confundirme. Pero, entonces, ocurrió que empezó a abor-darme una angustia asfixiante. Comencé a recordar lugares donde no había estado, personas a las que no conozco... Vi a mi novia. Mi novia se ahogaba en el río, monsieur... Si no la encuentro... ¡Qué va a ser de ella si no la encuentro!

Emitió un gemido y los ojos se le llenaron de lágrimas. También le cambiaron: cada vez que Bóreas hablaba de esa chica, o mejor dicho, cada vez que la cordura lo abandonaba, sufría esa rara transformación que lo convertía en alguien un poco menos humano con la mirada impregnada de caos, de inexistencia. Entonces, Oscar recordó la visión que él mismo había tenido, cuando el tren regional pasó junto al canal, de la chica luchando contra la corriente en un esfuerzo inútil por sobrevivir. Se odió por su locura, él no quería terminar como Bóreas. Sacudiéndose esos pensamientos ridículos, le ofreció un pañuelo de algodón para que se secara las mejillas y el chico lo aceptó.

—Bóreas, ya sé que estás viviendo muy intensamente esto del estreno de la novela de Bélanger.

—¿Qué novela, monsieur Cloutier? ¿De qué novela habla todo el mundo? Yo... ¡Yo tengo asuntos más importantes que resolver! ¿Qué tiene que ver mi vida con esa novela que usted dice? Mi novia... ¡Mi novia va a morir!

Y Oscar se rindió. La demencia de Bóreas no tenía remedio, su paranoia y sus delirios rozaban un estado crítico. Seguramente había leído esa novela, se había vuelto aún más loco y ahora vivía en una realidad paralela, mejor dicho, literaria, y no lo recordaba.

—Será una fiebre pasajera —insistió el practicante, haciendo acopio de toda su paciencia—, los jóvenes de la ciudad no habláis de otra cosa. Eso también pasaba en mi época, no te vayas a pensar... Pero ten claro algo: hace dos años Charles Bélanger escribió una novela cuyo protagonista se llamaba como tú. Punto y se acabó. No es la primera vez que ocurre, se trata de una casualidad. Bélanger ni siquiera te conocía, ¿cierto? Nombres y apellidos que confluyen en la mente de un escritor de forma aleatoria. Listo.

—¿Ha dicho dos años?

Oscar asintió. ¿Con qué sandeces lo sorprendería esta vez su invitado?

—Monsieur Cloutier, hace dos años que... El muérdago. ¿Recuerda? La marca empezó a salirme hace dos años. Entonces solo era una pequeña circunferencia blanquinosa en el dorso de la mano, una baya.

Oscar se quedó todavía más contrariado cuando Bóreas se retiró de nuevo la manga de la camisa y le mostró el estigma de esa muerte lenta que acabaría por consumirlo, el testimonio de sus muchos viajes a los placeres del infierno. Examinó su piel, ahora con mejor luz que la anterior tarde en la estación, y la palpó con sus dedos. No era maquillaje, era una herida real, y aunque ninguna disciplina científica diera crédito a lo que estaba viendo, esa marca se encontraba encarnada en el brazo de Bóreas. Por segunda vez barajó la teoría de la sugestión que sufría su... paciente. ¿Se trataría acaso de una somatización extrema?

—Bóreas —le respondió, bajándole la manga—, no se conoce de nadie que haya contraído esa enfermedad de la que hablas. Es la invención de un escritor.

—¿Cómo? Entonces, ¿qué es lo que me pasa?

«Esta situación comienza a ser insostenible», se desesperaba Oscar.

—Bóreas, tú mismo lo has dicho: es una novela de ficción. Y tú eres real, eres profesor de Humanidades. Esa marca... No sé... Seguramente sea un problema cutáneo, sin más, un hongo, un herpes. Fabrican remedios para eso en las farmacias. Tranquilo, puedo preguntar

a mis compañeros médicos si se han encontrado con algún caso similar, pero no existe ninguna enfermedad llamada *muérdago*.

—Tal vez, monsieur —contestó el joven, tranquilo, mientras dibujaba con el dedo índice en los posos de café, mientras sus ojos recuperaban el tono natural, el brillo humano—. Aunque ahora mismo todos mis recuerdos son confusos. Ni siquiera sé cómo he terminado aquí, en París. Lo único que quiero es encontrar a mi novia. Creo que se llama Perséfone.

«O Julieta —pensó Oscar, irritado—, y tú, Romeo. Definitivamente, se ha creado una realidad paralela. Está de psiquiátrico». El practicante se compadeció de él: un chico tan joven, licenciado, ya convertido en profesor, y con el cerebro enquistado de locuras y delirios. Si se quedara más tiempo, podría conseguirle paliativos o algún tratamiento para reconducir su desviación de conducta. Pero eso significaría implicarse demasiado, seguir teniendo a Bóreas rondando su discreta y respetable vida, y no, no quería. De inmediato lo acompañaría a la Estación del Norte y le perdería la pista para siempre. Él mismo lo metería en el tren, si hacía falta. Además, se hacía tarde y tenía que ir al Hospital Lariboisière. Con tal de concederse un minuto de descanso, sacó su pipa del abrigo, que estaba colgado del perchero del vestíbulo, y prendió un poco de tabaco.

—Ese gesto suyo... me gusta, monsieur Cloutier. Lo utiliza cuando busca soluciones, ¿verdad? ¿Puedo quedármelo?

Oscar volvió a quedarse contrariado. ¿De qué hablaba? De pronto fue consciente de que se estaba frotando el ceño con la yema del pulgar. No más. Un gesto sin importancia que, a decir, verdad, repetía varias veces al día.

—¿Puedo?

Y el practicante asintió, exasperado.

—Bóreas —lo llamó, comenzando a preparar su maletín—, me pilla de paso la estación, así que abrígate y vámonos. Con suerte cogerás el segundo tren de la mañana.

—Un beso de verdad... —fue lo que contestó.

Oscar dio un respingo cuando alzó la mirada y lo encontró con la mirada fija en uno de los cuadros de la pared, como si hubiese visto a un ángel, o a un diablo, daba lo mismo. Se trataba de una reproducción de *Il bacio*, de Francesco Hayez, pintura al óleo donde una pareja se besaba en secreto, a escondidas de cualquier dedo acusador. Ese cuadro pendía de una alcañata en el vestíbulo desde que Oscar llegó a ese piso. De hecho, él no había comprado ninguno de los adornos del inmueble, no tenía tiempo para tales banalidades y prefería, además, no perder en ellas su jornal.

—Sí, es muy bonito —opinó, parco, ante la fascinación de Bóreas. Se sintió hipócrita y estúpido.

—No, bonito no... Es un beso de verdad. ¿Quién puede medir la belleza de un beso? Sería como ponerle el nombre de un color a la iridiscencia. Lo importante es que sea sincero, y este, monsieur Cloutier, lo es. Ese óleo tiene alma, ese cuadro era un dios para quien lo pintó, y con cada pincelada lo adoraba un poco más, ¿no lo percibe? Ese pintor, se lo aseguro, al menos una vez en su vida besó con igual pasión.

Oscar volvió a observar el cuadro. En realidad, nunca lo había hecho, nunca se había parado delante de él. Hasta entonces no había sido mejor que otro azulejo. Por un instante, se imaginó que la joven de espaldas era Camille, su tulipán negro, y que él era el amante del sombrero con la pluma. Después se sintió irremediamente imbécil.

—Vámonos, Bóreas. Perderás el tren —resolvió, impaciente, con su maletín de practicante en la mano y la pipa, que se estaba apagando, colgando de sus labios. Bóreas, todavía ensimismado, se puso el abrigo y el sombrero y recogió su maleta llena de pequeños candados.

«Es obvio que padece también Síndrome de Stendhal», se convenció Oscar, negando con la cabeza sin darse ni cuenta mientras escrutaba a Bóreas, que caminaba delante de él saliendo al portal del edificio. Incluso sus andares eran los de alguien atolondrado, como si

las piernas le pesaran poco, o como si caminara sobre las páginas de un libro muy antiguo y no quisiera romperlas.

—Ha olvidado su boina, monsieur Cloutier —advirtió de pronto el joven filósofo. Tenía razón. Oscar andaba tan enfrascado en su diagnóstico particular de Bóreas que no se había dado cuenta.

—Ve bajando y pide un coche, hazme el favor —le pidió—. Yo voy ahora mismo.

Y subió corriendo las escaleras. Cuando abrió la puerta de la casa miró en la cómoda del vestíbulo, pero allí no estaba su boina. Luego se asomó al salón: la había dejado encima de la mesa, junto a la taza japonesa. Fue a ponérsela de inmediato, mas bastó que sus dedos la rozaran para que una ingrata ráfaga de viento abriera las ventanas de golpe. El viento del Norte zarandeaba las cortinas y le molestaba en la cara, como si se burlara de él, así que Oscar cerró las ventanas, se aseguró de ajustar bien los postigos y, bajo la tenue penumbra que se hizo en el salón, sintió que alguien cuchicheaba a sus espaldas.

Se dio la vuelta en seguida, esperando que fuera Bóreas embebido en alguna de sus chifladuras. Sin embargo, detrás de él solo aguardaba la reproducción del famoso cuadro de Francesco Hayez que había fascinado al joven. Por un instante, le dio la sensación de que la pareja allí retratada había murmurado algo, que se habían contado un secreto y que luego se habían colocado de nuevo en la pose original para seguir besándose durante horas, días, semanas...

—Yo tampoco necesito opio para estar tarado —se lamentó, resignado. Y dicho esto, cerró con llave la puerta de su piso y marchó escaleras abajo. En el chaflán del edificio un cabriolé lo esperaba. Bóreas ya se había subido.



El rostro de Perséfone

Bóreas sacaba la mano por fuera del cabriolé para rasgar la niebla con sus dedos. Le complacía contenerla en la cavidad de sus palmas porque era como jugar a cazar un suspiro. Una de las veces, hizo que la guardaba en un bolsillo y le explicó a Oscar que, durante el viaje en tren, le vendría bien aspirarla para masticar un poco de aire del exterior. Eso, en el caso de que las ventanillas del vagón estuviesen cerradas. Embebido en esa fascinación se mantenía ajeno a la mirada sorprendida del cochero, que no hacía comentarios, solo conducía a su caballo por las carreteras empedradas del centro de París a una marcha rítmica, casi musical. El equino avanzaba tranquilo al ritmo de su propia percusión.

Era esa una mañana de lunes y la ciudad estaba despierta desde hacía un par de horas. La luz mustia de un amanecer neblinoso constituía la frontera que separaba a los nocturnos de los diurnos. Los primeros regresaban a sus casas, ya saliendo de antros oscuros, terminando sus tareas de faroleros o basureros, de músicos o de mercenarios de la farándula. Los segundos saludaban al nuevo día, renovados tras el descanso, mientras se dirigían a sus quehaceres, decentes de por sí.

—¿No cree que los hombres han construido la sociedad para los diurnos? —le preguntó Bóreas a Oscar, como quien pregunta dónde pueden comprarse zapatos nuevos—. Para diurnos y diestros. Los nocturnos y ambidiestros, como yo, no tenemos más remedio que adaptarnos a las circunstancias para convivir con el resto de seres humanos. Por no hablar de los zurdos...

Bóreas se sacó del bolsillo del chaleco el cuadernillo y anotó algo en él con el lapicero. Oscar todavía no comprendía su comportamiento, pero eso ya le daba igual. La Estación del Norte quedaba en coche a unos minutos del barrio La Chapelle. El recio olor de los caballos se perdía, como un vago recuerdo campestre, cuando algún coche de vapor transitaba la calle, solapándolo todo con su humareda de progreso. Los bloques de viviendas mostraban el mosaico pétreo de sus muros, orgullosos, colmados de detalles arquitectónicos de última moda. En las cornisas de escayola los relieves dibujaban hojas de acanto, de estilo neoclásico. El hierro forjado trazaba filigranas entre los barrotes de los balcones. Tíestos colgantes de barro, vacíos, sin flores ni hojas, comenzando a dormir bajo la manta ligera del otoño... El estilo barroco, recuperado entre los tiempos, lucía en los edificios oficiales, mezclado con detalles grecolatinos donde caras de muchas diosas coronaban las fenestras de las fachadas principales. Bóreas los contemplaba con fascinación, aunque siempre habían sido las canaletas lo que más le gustaba de todo, sobre todo las que tenían rostro.

—Te estoy hablando, Bóreas, escucha —le reprochó Oscar.

—Discúlpeme, monsieur. Me preguntaba si en ese edificio habría nidos de golondrina. Hay un poema de Gustavo Adolfo Bécquer que dice...

—Bóreas, no tenemos tiempo —lo interrumpió el practicante, resoplando—. Estamos a punto de llegar. Yo tengo que ir al hospital, llego tarde. Mira, tienes que ser sensato, así que coge el primer tren que pueda dejarte cerca de Metz y vete ya mismo. Recuerda que allí tienes un puesto de trabajo, profesor de un liceo, nada menos. Cuando

llegues, procura dar una buena excusa a tus jefes sobre por qué te has retrasado un día entero.

Bóreas miraba a través de sus gafas de moldura negra intentando comprender lo que Oscar le explicaba. Entonces, ¡maldición! Sus pupilas volvieron a ungirse dentro de ese liviano vacío, como dos agujeros que conducían a un abismo sin fondo. Al practicante le asustaba descubrir qué se veía al otro lado.

—¿Se refiere a... lo de mi novia?

Oscar se apoyó la frente en una mano y resopló.

—Bóreas, olvídate ya de eso. No hay ninguna novia. A lo mejor es que leíste algún poema que te influyó. Sully Prudhomme también escribe cosas raras de esas, de la novia a la que aún no conoce, de tumbas... Bueno. Tuviste un desvarío, probablemente fruto del cansancio y de los nervios por el viaje, el trabajo, tu nueva residencia... No, no les cuentes eso o no te darán el puesto. Diles que el viento derribó un chopo a la entrada de la ciudad y que el tren permaneció detenido toda la noche. Se lo creerán. Y ahora, mi joven amigo, hemos llegado al destino.

Delante de los dos, como si ella misma se hubiese abierto paso entre la niebla dando bandazos con sus arcos de piedra, la Estación del Norte mostraba abierta su enorme boca porticada. Arriba, incrustado en la fachada, el gran reloj trabajaba incansable, día y noche, siempre impertérrito a los lamentos de quienes llegaban tarde a una cita o perdían un tren. Bóreas se bajó del cabriolé, y como era su equipaje tan escaso y ligero, no necesitó ayuda del conductor. Entonces, se giró hacia Oscar y le tendió la mano, estrechándosela con una intensidad y fuerza que al practicante le resultaron inesperadas en un veinteañero de su complexión. Y es que Bóreas era nervio, vigor, carne prieta.

—Muchas gracias, monsieur Cloutier. Ha sido usted pura generosidad. Los consejos que me ha dado son muy buenos, excepto el de los fumaderos de opio. Ahí se equivocó de persona y de consejo... En fin. Trataré de seguirlos casi todos.

Oscar, por primera vez desde la noche anterior, desde que había recogido a Bóreas como quien se lleva a casa a un perro enfermo, se enterneció. Le despertaba mucha curiosidad aquel joven filósofo. Se preguntaba cómo hacía para mantenerse así de feliz, para regodearse de gozo ante la visión de un simple cuadro con un beso pintado. Ahora tenía que despedirse de él. Quizás no volverían a verse nunca, pero sus correctos modales lo obligaron a decir:

—No hay de qué, Bóreas. Ya sabes dónde vivo, así que en París tienes tu casa. Vuelve cuando quieras.

Se acabó. Bóreas hizo un intento por sonreír, mas en lugar de ello, se quedó observando a Oscar, penetrante, más tiempo del que se considera adecuado entre dos personas que apenas se conocen. «Ojos humanos, otra vez», pensó Oscar. El practicante iba a pedir al cochero que reemprendiera la marcha para desembarazarse de aquella mirada que tanto lo inquietaba cuando, de pronto, Bóreas respondió:

—Vale.

Y se dio la vuelta. Oscar observó de reojo, por última vez, su imagen espectral. Con esa mata de pelo desordenada, el sombrero y el abrigo negro parecía una especie de emisario del más allá mientras la niebla se lo tragaba, poniendo distancia entre ellos. Sí, le deseaba toda la buena suerte posible, aunque esperaba no volvérselo a cruzar jamás.

El traqueteo del cabriolé se fue perdiendo a lo largo de Rue de Dunkerque bajo el manto de las brumas, que avanzaban por las calles como etéreas serpientes que se arrastran despacio, pesadas, perezosas. Otros caballos y más ruedas transitaban por delante de la Estación del Norte, pero Bóreas los escuchaba bien distintos del que los había transportado a él y a Oscar. Echaría de menos a monsieur Cloutier. En cierto modo y por breve tiempo, había sido un maestro. El mundo estaba lleno de ellos para Bóreas, aunque eso no significaba que a uno siempre le apeteciese asistir a clase.

Por un instante, sintió angustia. ¿Y si se desmayaba de nuevo y Oscar no estaba para ayudarlo? Oh, tristeza amarga... Caminó

hacia los pórticos de la estación, mirando solo sus zapatos, a nada más, preguntándose cuál era de verdad su vida: si la del personaje de esa novela que estaba en boca de todos y se llamaba exactamente igual que él o la del joven filósofo que había acordado aceptar un puesto de profesor en Metz. A menudo, y con cada vez más intensidad, se daba cuenta de que dos seres habitaban su consciencia a la vez, de que sus sensaciones se dividían de manera involuntaria. Lo más grave eran sus recuerdos: recordaba retazos de una vida que no era la suya, mas los vivía con tanta nitidez como si los hubiese experimentado él mismo. Perséfone, su novia... Recordaba los dedos de sus pies, el hueso puntiagudo de sus tobillos, el vello suave que doraba sus piernas. Pero, si no la conocía... Después, trató de silenciar su mente, su propio caos interno, un viejo compañero, en realidad. Nunca había hablado con nadie de eso que le venía ocurriendo desde que decidió escapar de Southampton y del profesor Campbell. Nunca lo había hecho por miedo a que le diagnosticaran algo irreversible y lo internaran en un hospital. ¿Doble personalidad? Quizás. Lo único que tenía claro era que, aunque Cloutier pensara lo contrario, nunca había leído *Bóreas, Viento de Norte*. Imposible, se acordaría. Entonces, ¿por qué existía una relación tan estrecha entre esa novela y él? Por alguna extraña razón, Bélanger puso al protagonista su mismo nombre y apellidos. Sí, a veces ocurría con nombres cotidianos, usuales, abundantes. Pero el suyo no era de esa clase de nombres: Bóreas Jérémie Rousseau. Incluso a sus profesores les llamaba la atención semejante combinación. Había algo en esa coincidencia que la razón o la filosofía no podían explicar. Tal vez, una magia no estudiada.

Se detuvo cuando sus zapatos chocaron con una de las columnas que sostenían a los arcos de la fachada. Después, sin dejar de mirar al suelo, la tocó con la piel de su frente. Esa piedra no tenía alma. Estaba muerta, como Ofelia, fría, rígida. El hollín trepaba por ella como hiedra venenosa, pero ni la hiedra podría salvarse de su asfixiante rastro negro, por eso no crecían allí ni los musgos.

Comprendió que había sido víctima de sus propios delirios. No estaban vivos los cuadros, ni las canaletas, ni las estatuas. Todo en la ciudad era vano, su atmósfera mortecina. La paleta de colores la formaban el carbón, el vapor y la bruma, las calles sucias. Y él... Él estaba enamorado de una chica que no existía, el personaje de una novela popular. Tal era el efecto que había ejercido sobre su temperamento lunático el fervor de las masas. Pasado un año, *Bóreas, Viento de Norte* quedaría relegado a las bibliotecas y dejaría de representarse en las calles. Entonces, le llegaría el turno a otro artista, a otra novela, quizás a un óleo extravagante que atrajera millones de visitas al Salón de París.

«Pero, ¿por qué París? ¿Por qué no me mareé en otro punto del trayecto?». París era el lugar en que Bélanger vivió casi toda su vida. El célebre escritor se había inspirado en las callejuelas de la ciudad, en sus cafeterías, teatros y gentes para dar vida a su última novela. Ese era el motivo. Inconscientemente, Bóreas había demostrado su inquietud por ir allí, a su cuna, al lugar donde nació, no él, que había nacido en Picardie, sino su esencia, su verdadero yo, su *alter ego*, el Bóreas de esa historia trágica. Saturado por sus locuras, y todavía cabizbajo, se topó con un charco. Era un charco inmundo que bebía de un canalón de la fachada, cuyos restos de lluvia se habían conjugado con la grasa frita de un tenderete donde se cocinaban buñuelos y patatas a media tarde. Le bastó como espejo para verse a sí mismo.

El joven filósofo se contempló tratando de ser objetivo y sintió que miraba a un desconocido. En ocasiones sabía quién era, pero cada vez más a menudo dudaba. Cuando la negrura del caos vaciaba sus ojos, dándoles un aspecto sólido y hueco, sentía un leve cosquilleo en las pupilas. También sentía que su mundo se desmadejaba. Tal vez por eso comenzó a usar gafas, porque no soportaba que nadie más se diera cuenta. Aunque Oscar lo había hecho y no le había importado.

Todo empezó dos años antes, el día que sintió una necesidad imperiosa por marcharse de Southampton. Apenas una semana más tarde había planeado su huida gracias a su prodigiosa inteligencia, burlando la guardia del profesor Campbell. Fue también ese día cuando

una sacudida dolorosa le estranguló el brazo ahora enfermo. Era el muérdago. Podría haberle preguntado a Oscar cuántos años de vida le daba, si tres, si cinco, si ninguno... Se quitó las gafas. No las necesitaba, no, pero con un cristal como barrera entre sus ojos y el resto del mundo se sentía extrañamente a salvo. Solo de él mismo no podía ocultarse, y la lucidez había hablado: al fin había comprendido que, si el destino lo había arrastrado desde Southampton hasta París, no podía eludir más su cometido. Emplearía a fondo su tiempo, el que le quedara, y salvaría a su novia de morir.

El viento del Norte sopló de repente, cruzando los pórticos del edificio. Zarandeó a las brumas, que se esparcieron delante de Bóreas, y cuando miró a la fachada de la Estación del Norte, debajo de las célebres estatuas que representaban a las ciudades europeas, un enorme cartel publicitario tomó forma. Era el mismo que había visto en la cristalera de Le Petit Cafe, donde se anunciaba el gran estreno de *Bóreas, Viento de Norte* en el teatro Folies Bergère. La chica que había pintada en azules y ocres, la que trataba de cubrirse los cabellos, so pena que el viento del Norte se lo impidiera, ¿era a quien buscaba? ¿Era Perséfone? ¿Era su novia?

Un palillo, entre otras basuras de la calzada, fue arrastrado por esa ráfaga de viento, aterrizando sobre el charco sucio de agua turbia y aceites quemados. Ese había sido su oráculo de Delfos y ahora se convertiría en su brújula. El palillo, mordido por el extremo, señalaba con su vértice a Rue de Dunkerque, la dirección opuesta a la Estación del Norte. Así que Bóreas interpretó que todavía no se tenía que marchar de París. Aún tenía que buscarla, a ella. Y para hacerlo, necesitaba conocer su propia historia, su historia de verdad, la que escribió Bélanger. En ese instante, tenía los ojos vacíos, sumidos en su propia nada interna.